

CORRESPONDENCIA

FO-KIEN (China)

Oposición de los mandarines al levantamiento de una Casa-Misión.—Persecuciones que ha tenido que sufrir el misionero

El Rdo. P. Fr. Jaime Masip, de la Orden de Predicadores, escribe desde Sian-hu, el 10 de Abril de 1893, al Padre Provincial:

Es de saber que el prefecto Hen, viejo tártaro, astuto y taimado, por mandato de las Autoridades de Fo-cheu nos había buscado un buen terreno para Casa-Misión á principios de 1891. El P. Aguirre lo admitió, mas el astuto prefecto lo entretuvo hasta que lo mudaron (sin duda para que no nos pudiera ayudar). Dios Nuestro Señor le hizo pagar pronto los males que causó á la Religión, pues llegado que hubo á Fo-cheu murió de repente, sin poder tomar posesión de la prefectura de Fo-cheu que quizás le dieron en premio de habernos molestado.

El P. Aguirre expuso al nuevo prefecto y al gobernador cómo el anterior prefecto nos había buscado un terreno apto, que lo habíamos aceptado, que estaba determinado el precio, y que sólo esperábamos su sanción. ¡Oh refinada astucia china! Nos contesta muy fresco que no sabía si el amo del terreno presentado quería ó no venderlo. Si no lo sabía ¿por qué nos hacen ir á los dos misioneros con dos esbirros á examinarlo?

No obstante, el Padre Aguirre llamó á dicho amo para que inmediatamente escribiera al gobernador que, supuesto que el pasado prefecto lo había propuesto, de buena gana quería venderlo si S. S. pareciese bien. El amo del terreno, ávido del precio que esperaba recoger en seguida, escribió según quiso el P. Aguirre. Pero fué grande el chasco, porque salió un decreto del gobernador diciendo que de ningún modo se comprase, por estar en dicho terreno el *dragón*. Mejor hubiera dicho que lo tenía en su corazón, pues en verdad todos sus actos eran draconianos.

Fuese el P. Aguirre al tribunal para ver si de palabra podía componerse con el gobernador, pero nada, ni por esas. Al fin dijo al Padre que ya el prefecto no mandaba en Siau-u, y que por tanto no tenía que alegar su autoridad. El pobre P. Aguirre se volvió muy triste á casa, y dejamos por entonces de exasperar inútilmente á los mandarines.

Año II.—N.º 32



RDO. P. JOSÉ DAMIÁN DEVEUSTER, de los Sagrados Corazones
(Pág. 190)

A primeros de Junio de 1891 nos robaron treinta y ocho maderos de los que el P. Aguirre tenía preparados para la fundación en proyecto. No sabíamos si escribir ó no al gobernador sobre el particular; porque si escribimos, nos llaman revoltosos; si no lo hacemos, nos exponemos á que nos los roben todos. Después de pensar y repensar nos determinamos á escribir, dejándonos en las manos de Dios, que no da cruz sin ayuda.

El gobernador apresó al que había llevado los maderos y se los hizo pagar; pero fué la desgracia que al ser interrogado dijo que había preguntado al Chan-ken (era éste el viejo que nos vendió el primer terreno). Al oír esto el gobernador soltó inmediatamente al ladrón, y con gran alegría, para fastidiarnos, apresó al inocente viejo sin examen ninguno. ¡Pobre viejo! antes habían estado en la cárcel sus dos hijos, y ahora lo apresan á él.

El P. Aguirre pidió al gobernador que lo soltara por ser viejo y por no tener parte en la contienda de los maderos. Lo que respondieron los mandarines fué que el misionero había faltado á los tratados en la compra del terreno del viejo, y que por lo tanto éste no sería puesto en libertad hasta que devolviera el dinero. En vano expuso el Padre Aguirre que de Fo-cheu habían concedido dicho terreno para huerta de la iglesia; nada pudo conseguir. La familia del viejo no hacía más que llorar y venir á nuestra residencia á darnos tormento.

Esto dicho así parecerá poca cosa, pero tocándolo y palpándolo era lo que más nos afligía, por ser gentiles los de la familia del viejo Chan-ken. Exhortarles á la pa-

ciencia era inútil, por no entender este lenguaje: lo que quieren los chinos es venganza, y cuanto más cruel mejor. El murmullo de la ciudad era grande contra nosotros, y los hijos del viejo casi todos los días venían con las lágrimas en los ojos á pedirnos que les sacáramos de la cárcel á su desventurado padre.

¿Qué podíamos hacer dos desvalidos misioneros sin protección ninguna?

El P. Aguirre, para librarse de tanto tormento (pues se le partía el corazón cada vez que veía á los hijos del encarcelado), y para ver si conseguía algo, bajó á Fo-cheu á exponer las vejaciones de estos desnaturalizados mandarines.

Mas ¿cuál sería su dolor al ver que tampoco en Fo-cheu pudo conseguir nada?

Por fin, temiendo quizás las Autoridades de la capital algún enojo del señor cónsul, mandaron de nuevo

15 Abril 1894

al gobernador de Siau-u que diera cumplimiento á lo mandado; mas tuvieron el buen cuidado de mudarlo en seguida, como hicieron con el anterior prefecto, según queda arriba dicho.

Quiso Dios que el mandarín, al recibir la segunda carta, temiera, y á primeros de Noviembre (1891) puso en libertad al viejo. Aunque no dió un paso para concluir la contienda, fué gran descanso ver ya libre de sus garras á la inocente víctima.

Llegado que hubo el nuevo gobernador, de apellido Kau, nos fué la cosa un poco mejor; no porque nos haya dejado en paz, sino por no haber apresado á nadie, que es lo que más nos molesta y desprestigia.

Una nueva circunstancia vino á suspender el negocio hasta el año siguiente (1892), por Pascua. Fué que me puse bastante malo; de modo que tuve que bajar á Fo-cheu, y dejar esto á la providencia de Dios. Por la Cuaresma de este mismo año 1892 me hallaba de vuelta en Siau-u algo repuesto de mi enfermedad.

Después de descansar algunos días fuí á visitar al nuevo gobernador, según me aconsejó el señor Vicario apostólico, para ver si pacíficamente nos entenderíamos; pero todo fué inútil. A pesar de haberle dicho cómo de Fo-cheu estaba ya determinado, no pude conseguir más que continuar el negocio. Le presenté ocho ó nueve terrenos y casas para que escogiera siquiera una. Pero lo de siempre; en todas partes hay obstáculo. Díjele que, ya que yo no podía encontrar ningún sitio á propósito, me lo buscara él. Así lo hizo, pero nos echaba á la otra parte del río, donde no se podía admitir por los muchos inconvenientes que hay.

Añadió que si no quería admitirlo no le hablara más del negocio.

Por lo expuesto verá, P. N., cómo podrá prosperar la Religión sin una protección especial de Dios. Estos mandarines, ya que no pueden cortarnos la cabeza, ni echarnos del Imperio, hacen lo imposible para hacernos despreciables á los ojos del pueblo. Esta es la causa porque nos apartan de sí como si fuéramos leprosos indignos de habitar entre gentes.

Visto que del gobernador nada podía esperar, me fuí al prefecto, no por creer que podría conseguir algo, sino por dar curso al negocio. El prefecto me dijo de palabra lo mismo que el Hien; que me fuera al otro lado del río. Entonces, algo enfadado, le respondí:

—¿Para qué son los tratados, pasaportes y edictos imperiales á favor de la Religión, si no se han de cumplir? Mejor es que los queméis ó tiréis al río.

—Es necesario tener paz con el pueblo, me respondió, y oponiéndose éste es temerario forzarlo.

—Pues qué, le repliqué, ¿el pueblo es dueño de lo dispuesto por el Emperador? ¿Puede el pueblo no cumplir las leyes imperiales? ¿Acaso, si el pueblo no paga los tributos, lo dejan en paz? Si alguno revuelve, ¿no lo metéis en la cárcel?

—Son muchos, respondió él, los que alborotan, y así no es fácil detenerlos. Si V. quiere admitir al otro lado del río, yo le protegeré.

—¿Con que allí me puedes proteger y aquí no? El pueblo no está enterado de los tratados, y así procure V. enterarles, y nadie chistará.

—Está bien, dijo, yo lo haré así. Busque un terreno

dentro de la ciudad, pero sea esto por medio del ti-pau, alcaldillo (creía que éste no se atrevería á tanto, pero se engañó).

Fuera ya del tribunal llamé inmediatamente al ti-pau, y le notifiqué lo que el Fu acababa de mandar. El, ávido de chapecas, me buscó pronto un buen terreno, y lo anunció á los dos mandarines. Por mi parte el 29 de Julio escribí al prefecto que todo se había cumplido según me había dicho. Nada me contestó, pero el gobernador se encargó de manifestar las ideas del Fu con un decreto que mandaba quitar el oficio al ti-pau, apresarle y azotarlo por haber cometido el crimen de obedecer. Se mandó inmediatamente al Fu una tarjeta haciéndole ver los desmanes del gobernador. El prefecto, fingiendo que nada sabía, mandó un esbirro al Hien diciéndole que no pasara adelante. Este hecho tan curioso no fué más que una estratagema para que nadie se atreviera á buscarnos terreno ni á vendérsenos.

Con esto vi que era imposible hacer nada de provecho si los mandarines de Fo-cheu no mandaban terminantemente á éstos que dieran fin á tan largo negocio. Expuse al señor Vicario apostólico todo lo que pasaba, y S. Ilma. por su parte el 12 de Octubre expuso claramente á los tau-tais y á uno de los grandes mandarines todo el negocio y la injusticia de los mandarines de Siau-u.

Los mandarines de la capital contestaron favorablemente al señor Vicario apostólico. Su señoría me escribía en carta fechada el 17 de Octubre: «Ayer me contestaron el *an-sei* y el tau-tai del Tun-siang-kin que escribían separadamente al Fu y al Hien para atender á mis reclamaciones.» En vista de esto escribí á los mandarines suplicándoles nos dejaran en paz. El gobernador el 5 de Diciembre me contestó con la misma canción de antes, es decir, que al otro lado del río había dos buenos terrenos. A esto le contesté que me era imposible aceptar en dicho lugar, y que dentro de la ciudad había una casa de la familia Vang, muy bien colocada y sin obstáculo alguno. Aunque mandó al ti-pau á examinarla, y éste dijo que era todo verdad, no me contestó, por lo cual el amo de dicha casa no me la quiso vender.

Busqué otra mayor y con terrenos del apellido Li, en muy buen sitio, apartado de todo *fano* y del pueblo. Aunque es muy vieja me resolví á comprarla, pero el amo quiso que antes la habitara algún tiempo para ver si el pueblo alborota ó los mandarines lo impiden.

Para no exponerme á nuevos chascos, mandé por dos veces al catequista á preguntar al gobernador su parecer. El gobernador respondió que se alquilase, que no tuviera miedo. Replicóle el catequista que la verdadera idea del misionero era comprarla, y que por eso le pedía su parecer.

—Bien, dijo el mandarín, éntrese dentro y después veremos.

Con esto hicimos las escrituras del arriendo, y entre tanto dos gentiles barrián la nueva casa arrendada. Debíole pesar al demonio de las buenas disposiciones del mandarín, y así se valió de sus mañas para trastornarlo todo.

Se revolvieron unos cuantos granujas y amenazaron al amo si nos dejaba entrar en la casa alquilada. El in-

feliz con esto ya no se atrevió á dejarme entrar, ni siquiera quería verme de puro miedo. Viéndolo todo por tierra, envié de nuevo al catequista y á un cabeza de familia al tribunal á presentar los nombres de los que habían amenazado al amo. El mandarin, contra toda mi esperanza, se enojó contra los revoltosos, los llamó á un tribunal amenazándoles con ponerlos en la cárcel, mandó un esbirro á los ti-paus de las cuatro puertas para que nadie alborotara, y en fin selló las escrituras y me las mandó con una carta llena de alabanzas al misionero. Con esto todo el mundo calló, y hasta el presente nadie nos ha molestado; pues todo el pueblo cree que está comprada.

Por ahí puede ver, P. N., cuán fácil es á los mandarines ayudarnos si les da la gana, y que todo eso que dicen que el pueblo no quiere, no es más que excusas de mal pagador. Ruegue mucho V. R. por esta pobre Misión, para que el Señor nos dé días de paz, para mejor emplearnos en la propagación de su Santa Religión.

Nos trasladamos á esta casa el 21 de Enero del presente año. Dios quiera que cuanto antes se pueda comprar para tener residencia en un punto tan importante como es esta ciudad de Sian-u-fu. Está situada esta ciudad en el centro de estas Misiones del Norte del vicariato; besan sus plantas las precipitadas aguas del río más grande de la provincia; está rodeada de un alto muro antiguo que tiene una hora de circuito; sus calles son bastante limpias, contra la costumbre china; el clima bastante templado, y la gente muy pacífica. En fin, es el lugar más á propósito para una residencia importante, y así espero de V. P. que no dejará de socorrernos con auxilios pecuniarios, y mucho más con sus fervorosas oraciones y sacrificios.

GOLFO DE GUINEA

Dificultades de la Misión.—Idolos y brujos.—Bienhechora influencia del misionero

El Rdo. P. Manuel Mallén, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Cabo San Juan el 8 de Noviembre de 1893:

A MEDIDA que la naturaleza se presenta más exuberante en este país, y con su fertilidad eleva un himno de gratitud hacia el Hacedor que le dió el ser, queriendo como suplir la ceguedad en que se hallan envueltos los habitantes que lo pueblan, los sudores y fatigas del misionero son más estériles, y aunque los derramamos con profusión, apenas dan frutos, pudiéndose decir que nos hallamos en aquella viña del profeta Isaías que, estando bien cercada y cultivada con esmero, no dió sino agraces.

Estos sentimientos han amargado el corazón de cuantos han evangelizado este contorno, quienes, desplegando mucha actividad, apenas han podido alistar soldados para la milicia de Cristo en la agonizante tribu benga. Pero lejos de arredrarse han redoblado sus esfuerzos, extendiendo su benéfica Misión á las otras tribus, especialmente los pamues, para cuyo fin emprendieron excursiones para atraernos la porción más ino-

cente de la sociedad, y plantar en sus tiernos corazones las saludables máximas del Evangelio.

Merced á estos supremos esfuerzos se han logrado recoger desde su fundación ciento treinta y dos niños, y el número de bautismos ha ascendido á doscientos cuatro; y aunque en verdad algunos abandonaron antes de ser instruidos y bautizados los cuidados que la caridad del misionero les prodigaba, por gozar de la libertad que les proporciona la vida salvaje, y aunque algunos jóvenes y ancianos hayan vuelto las espaldas á la bandera que juraron seguir, doblando la rodilla ante esos dioses que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, otros, empero, se han mostrado intrépidos, prefiriendo ser el blanco de las iras de los falsos adoradores.

Días pasados tuvo lugar un acto que nos llenó de consuelo: se les intimó la rendición de los ídolos, y de tres secciones en que está dividido el numeroso pueblo de Uloba, la una se negó y las dos restantes presentaron con generoso desprendimiento los cráneos de sus jefes antepasados, á quien rinden el culto debido á la Divinidad.

Durante el curso del año le consultan por medio del brujo en sus empresas, no sin antes haber sacrificado alguna gallina, y tienen por muy atinada la respuesta. En ciertos días del año llevan al bosque estos cráneos con un andar pausado y un respeto admirable; allí sacrifican animales, cantan, danzan y por fin se embriagan. No pueden tomar parte las mujeres, ni siquiera tienen conocimiento de cómo adoran el ídolo.

En este pueblo de Uloba continuamos sembrando las semillas de vida, que parece siguen fructificando; ignoramos si más tarde se agostarán. El gran caballo de batalla está al recibir el sacramento del Matrimonio; es como el crisol donde se prueba la fortaleza y se purifica la fe de estas gentes: sus riquezas, sus trabajos, sus fatigas y sudores van encaminados á buscar muchas mujeres para pasar una vida holgazana y regalada, puesto que los quehaceres del hombre se reducen únicamente á la caza, y á la mujer pertenece cultivar los campos, plantar cosechas, preparar los alimentos, limpieza de la casa, etc., etc.

En la conferencia que dió el oficial Sr. Valero hablando sobre este país, dijo que el Cabo San Juan carecía de importancia, pero que se la daría la Misión y el comercio. Si ahora nos visitase de nuevo diría que del comercio nada se puede esperar, mayormente siendo una sucursal puesta en manos de un negro listo en el arte de engañar. Y más ¿de qué medios se valdrá?...

Todo lo ha de esperar de la Misión, y la Misión le ofrece un risueño porvenir, y más placentero del que se auguraba antes de desarrollar los planes que llevamos entre manos y plantear el sistema de colonización que ideamos. Estamos haciendo una vivienda que llama la atención de propios y extraños, al presenciar en estos bosques un palacio tan elegante; y digo palacio, porque no hay edificio semejante en muchas leguas al rededor: hasta el primer piso es de mampostería, lo restante de ladrillos, y como aquí carecíamos de personal que supiera fabricarlos, hemos procurado una prensa que nos ahorra mucho trabajo y no tenemos dificultad en secarlos, que es lo que más cuesta. Los niños desmontan el terreno, y ocho de ellos pretenden quedarse

aquí preparando con gran actividad sus fincas. ¡Quién sabe si será la semilla de una población populosa católica y española! El tiempo lo declarará.

Antes de terminar quería poner de manifiesto la acción benéfica y pacificadora que ejerce el misionero. Ya sabe V. cuánta es nuestra influencia en el pueblo de Uloba, y cómo, á pesar de ser tan salvajes y que toda la razón la tienen puesta en la punta del puñal ó en el cañón del fusil, como nos lo tienen advertido, oyen la voz del misionero como de un hombre enviado del cielo, y sin su mediación hubieran estallado algunas luchas sangrientas como la que tuvo lugar hace año y medio.

No sólo están persuadidos los de este pueblo, sino se extiende más allá nuestra benéfica influencia, pues pocos días ha se presentó un jefe de los bapukus, que habita en Joni, á unas veintidós millas de distancia, con una carta tan sentimental que arrancaba las lágrimas, pidiendo en primer lugar que fuéramos á sacarlos de un conflicto, pues de otra suerte estallaría la guerra, y, finalmente, que nos estableciéramos entre ellos y que fuéramos á visitar á los católicos por allí diseminados.

ECUADOR

Matrimonios.—Enfermedades.—Modo de curarlas.—El médico.—Supersticiones

MATRIMONIOS.—Entre los jíbaros, escribe el reverendo P. José Vidal, menor observante, el matrimonio no reviste carácter ni ceremonia religiosa. Es un contrato natural que se verifica por la simple entrega de la mujer á su pretendiente, mayormente si se trata de primeras nupcias en ambos esposos y especialmente de la mujer. Esta no es libre en elegir compañero; no se consulta su voluntad, sino que el padre de la niña dispone á su arbitrio de la suerte de su hija, la que resignada acepta el marido que el padre le impone.

Cuando son las primeras nupcias para ambos esposos, el joven pide con mucha anticipación la muchacha al padre de la misma. Este exige al novio que, para el día de la *boda*, tenga una chacra ó huerta con todos los plantíos necesarios para sostener á la nueva familia. Interín el joven procura llenar las exigencias del padre de la novia, ésta cada vez que su prometido la visita debe servirle la comida y bebida, y el joven la obsequia con algunos dijes que las mujeres acostumbra para sus adornos.

Tan luego como el pretendiente puede presentar á su futuro suegro una huerta en sazón, entonces se le hace entrega de la joven, y por este solo hecho queda constituida en esposa. Es muy frecuente que la joven sea una niña de ocho á nueve años. En este caso el marido la trata como á una hija ó hermana, es decir, que es una infeliz que está al cuidado de un hombre á quien debe servir como una esclava sirve á su señor; y sólo cuando llega á la pubertad se celebra la *boda*, que se reduce á lo que se llama la *fiesta de la mujer*. Si al hacer la entrega la niña tiene la edad competente, en ese mismo día se celebra la fiesta.

Es muy raro entre los jíbaros hallar una joven sol-

tera de siete años de edad, y es frecuente el que una niña de menos de catorce años pase á ser esposa de un hombre de más de treinta. En este caso la infeliz pasa á ser un *mueble* en la casa del esposo, que ya tiene otra ú otras mujeres. La poligamia es muy común entre los jíbaros. Pocas veces es el amor el principal factor del matrimonio, ya que no consideran á la mujer como á compañera, sino como á una esclava sujeta á todos los caprichos del marido; empero cuando el amor es el que lo motiva, el varón sólo tiene una mujer, á quien considera, porque la ama; y la mujer por su parte se desvela para tener siempre contento á su esposo. He observado que los jíbaros más formales y juiciosos son los que se conforman con tener una sola mujer.

Si la joven soltera no es libre de casarse cuando quiere y con quien quiere, no sucede otro tanto á la viuda. Esta dispone á su voluntad de su suerte: puede permanecer en este estado, y si quiere contraer nuevas nupcias lo hace libremente y con el que ella elija de entre los pretendientes. Si tiene padre, éste respeta sus derechos y libertad.

Si, como he dicho, entre los jíbaros es muy común la poligamia, en cambio la fidelidad conyugal en ambos esposos es tan respetada que el adulterio es casi desconocido. Quizá esto no provenga tanto del pudor como de la severidad con que se castiga el adulterio, que es siempre con la pena de muerte.

Enfermedades.—Modo de curarlas.—En general la salud de los jíbaros es excelente, debido á la sobriedad y al sistema de vida que llevan. Trabajan poco, madrugan mucho, se acuestan temprano y duermen con los pies al amor de la lumbre. Comen las viandas sin más condimento que la sal. Si se exceptúan los días de orgía en determinadas fiestas, rara vez abusan de la comida y bebida; por otra parte ayunan con frecuencia, y de aquí que rara vez enfermen. Empero cuando alguno cae gravemente enfermo y los remedios caseros no obtienen la salud, entonces se recurre al *brujo*. Toda enfermedad grave creen los jíbaros que proviene de una piedra, espina ó araña que dicen tener en el estómago, y el oficio del nuevo Galeno se reduce á extraer estos extraños objetos.

Cuando llega, pues, el caso, tratándose de adultos, en que deba recurrirse á la *ciencia* del brujo, se reúnen varios salvajes que, con el pretexto de visitar al enfermo, pasan con él unos días, á fin de comer á expensas de la familia, y al mismo tiempo asistir á un sainete tan salvaje como su autor. Para el efecto se espera la noche, pues la luz es hostil á las farsas, aun cuando éstas sean entre salvajes. Llegada la noche se coloca al enfermo en una tarima ó cama, sita en un extremo de la choza, retirándose todos los demás al extremo opuesto. Luego se apagan las luces y se procura toda la obscuridad posible, y empieza el sainete.

El *médico* toma una bebida especial que lo pone bastante *alegre*: luego grita, recita palabras que sólo él entiende, agita los brazos y hace mil contorsiones, dando vueltas en torno del lecho. Todos los asistentes permanecen en profundo silencio. Después de algún tiempo que la pantomima ha entretenido á los *espectadores*, el brujo chupa el pecho y el estómago del pobre diablo, que tendido en el lecho sufre todas las majaderías del

curandero. Estas absorciones en el pecho y estómago se repiten muchas veces, seguidas de visajes, contorsiones y palabras misteriosas. Cuando se halla cansado finge náuseas, llama á los demás, que presurosos acuden con luz, y uno le presenta una pequeña vasija en la que el brujo vomita una piedra del tamaño de una nuez, que dice ha extraído del estómago del enfermo. Este, persuadido de la realidad de la operación, cree en una mejoría que sólo reside en su imaginación.

Si al día siguiente se halla el enfermo con la misma dolencia, ó peor por haber pasado la noche sin dormir, y la enfermedad no urge, se le deja descansar una noche. Después se repite el mismo sainete para extraer

lar tamaño é inofensiva, que luego deposita en la vasija que uno de los circunstantes le presenta.

Tan luego como amanece todos se informan del estado del enfermo, y le mortifican con preguntas. Comúnmente dice que se halla mejor, aun cuando en realidad sea lo contrario. Si el enfermo mejora y cura, debe entregar al brujo el precio convenido, que es un animal doméstico, ó herramienta, lanza, etc. Al contrario, si empeora y muere, la familia culpa al *médico*; éste culpa á un jibaro ausente enemigo suyo ó de la familia. Esta fácilmente acepta las explicaciones que nuestro hombre da, pues se trata de un enemigo. Ante el cadáver todavía caliente se declara sacrificar al que, sien-



BOSQUE DEL JAPÓN.—Criptomerinas en Tokio. (Pág. 192)

una espina de chonta de unos cinco centímetros de longitud.

Si, esto no obstante, la enfermedad sigue su curso, se repite por tercera vez lo mismo, pero de un modo más cómico y solemne. En esta tercera y última farsa el brujo ya no grita, sino que aulla y ruge, los visajes y contorsiones indican una sobreexcitación energúmena. Este sainete feroz se prolonga hasta muy avanzada la noche. Los asistentes se llenan de una especie de pavor. Las absorciones sobre el estómago del paciente son fuertes y ruidosas; ya no se trata de extraer un cuerpo insensible, sino un animal vivo que resiste á las chupadas del brujo. Cuando nuestro hombre, rendido de cansancio, cree llegado el momento del desenlace, da un rugido especial que todos comprenden, y como en las noches anteriores, rodean al brujo, que ante la estupefacta concurrencia saca de la boca una araña de regu-

do inocente, se cree, por el dicho del brujo, ser el causante de la enfermedad y muerte, por haber introducido en el estómago del deudo los tres objetos que nuestro farsante fingió haber extraído. Tal es el modo singular y raro de curar á los adultos de ambos sexos.

BRASIL

Proyecto de Misión en Matto Grosso

Desde Butucatú el Ilmo. Sr. D. Luís Lasagna, obispo de Trípoli, escribe á D. Miguel Rua el 9 de Septiembre de 1893:

DESPUÉS de largo viaje, de infinitas idas y vueltas por mar y por tierra, me hallo finalmente en Butucatú. Creía que éste debía ser el campo más importante de nuestras fatigas apostólicas en servicio de los salvajes; pero veo ahora que no puede ser más

que un lugar de ejercicios y, por decirlo así, de santas escaramuzas.

El campo de mayor trabajo y de grandes asaltos contra el mortal enemigo del género humano está muy lejos de aquí, mucho más al interior, al fondo de las interminables florestas vírgenes.

Para llegar más pronto, será menester desandar el camino hecho, volver á Montevideo, ir aguas arriba del río Paraná, entrar en el Paraguay y establecer nuestro centro de operaciones en Matto Grosso.

Aquel es, sin duda alguna, el punto más á propósito para la eficaz acción del misionero; el centro, el corazón de la vida salvaje de numerosas hordas indígenas. De cualquier parte que uno se vuelva se halla allí con crecidas tribus de bárbaros: al Este regiones inexploradas y los valles del Toncantino y del Arara; al Norte los vastísimos del Madeira, Solimoes y Amazonas; al Oeste y al Sur los territorios salvajes del Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay. ¿Quién puede contar la multitud de infelices que en aquellas espesuras viven ni más ni menos que las fieras?

Pues bien, para emprender esta difícil é importante expedición sólo espero los auxiliares que V. R. me ha prometido.

Me he puesto ya de acuerdo con el gobernador de aquel territorio y con el Ilmo. Sr. obispo D. Carlos Amor, el cual no tiene en la ciudad metropolitana más de quince sacerdotes, que ni siquiera le bastan para atender á las necesidades espirituales de la gente civilizada.

Tiempo hace que nos espera con ansiedad: muchas cartas me ha escrito, muchas instancias me ha hecho para que dé comienzo cuanto antes á la predicación del Evangelio en dichos lugares.

Partiremos, pues, llenos de valor y de confianza en Dios, de cuya bondad esperamos sea servido dar á la Iglesia de Cristo la conquista de nuevos países, y regocijarla con glorias semejantes á las que consiguieron los intrépidos misioneros de la Compañía de Jesús.

Pero para alcanzar feliz resultado son ante todo necesarios santos y robustos sacerdotes, decididos á arrostrar los sacrificios de toda suerte que han de padecer entre hombres rudos, en un clima de fuego y con un nuevo género de alimentos.

Su trato constante ha de ser con gente embrutecida con la embriaguez, sanguinaria, sin la menor cultura, y medio desnuda. No valen allí la mucha ciencia y elocuencia, sino la caridad ardiente, la paciencia heroica, el trabajo sin desfallecimiento; que los frutos no han de verse hasta después de algunos años de penosa labor.

Además, será menester cavar la tierra y cultivarla á la manera que lo hacen los hijos de San Bruno. Necesitaremos, por tanto, buenos coadjutores legos que nos acompañen y que compartan con nosotros el trabajo.

Sabido es que los salvajes son desidiosos é inclinados á la ociosidad. Todos sus ejercicios se reducen á la caza y la guerra; cualquiera otra ocupación, inclusive la de transportar grandes pesos, corresponde á las mujeres, cuya infeliz condición es la de esclava y bestia de carga.

No hay allí prados para rebaños; todo es un bosque inmenso, dilatadísimo, de árboles seculares y gigan-

tescos. Es tan ardiente el sol, la tierra tan feraz y la lluvia tan copiosa, que las plantas crecen de modo que en pocos días cubren el terreno. Para hacer un sembrado cualquiera es, por consiguiente, necesario quemar los árboles, cavar la tierra y limpiarla con frecuencia. De aquí se puede conjeturar cuán difícil es mantener vacas y ovejas, y cuán indispensable la presencia de coadjutores seglares que emprendan con buen ánimo y constancia el trabajo á fin de enseñar á los salvajes y proveer de alimentos á la Misión.

Estas regiones tropicales no se prestan al cultivo del trigo, y es preciso suplir la harina de este grano con la de *mandioca*.

Pueden conseguirse tres y cuatro cosechas anuales de maíz y de habichuelas. También se desarrollan extraordinariamente las lechugas, coles, rábanos y el arroz aun sin riego artificial, por ser tan abundantes las lluvias.

Sería de desear que en Europa los Salesianos en sus conferencias trataran lo mucho que puede hacerse en favor de estas importantes Misiones. No faltarán quizá piadosos aldeanos que, animadas del espíritu Dios, se muevan á venir á acompañar á los misioneros, y á contribuir poderosamente á plantar la cruz redentora y alumbrar con la luz de la fe esta tierra descubierta por el inmortal Colón.

Estoy persuadido, mi querido Padre, de que sin el auxilio de buenos catequistas y coadjutores las Misiones del Brasil y Paraguay no podrán dar mayor fruto; y por esto le ruego con todo encarecimiento que provea del personal necesario á esta empresa.

En las colinas de Butucatú, no ha mucho recorridas por hordas de salvajes, se ostentan hoy grandes establecimientos y plantaciones de café. El suelo es fertilísimo, y por esto, sin atender á la distancia, acude multitud de gente, entre la cual se encuentran no menos de diez mil italianos.

El Párroco reunió á las personas principales, y las animó á la fundación de un Colegio salesiano en estos lugares.

Desde aquí podrán ir los misioneros á la región ocupada por los salvajes, á unos ochenta ó cien kilómetros de distancia, y acercarse á ellos.

FILIPINAS

Extraordinaria ferocidad de los ibilaos.—Su ingratitud.—Sus crímenes

Terminando la relación inserta en el número anterior, escribe el Rdo. P. Fr. Teodoro Jimeno, de la Orden de Predicadores:

Como deseaba ver personalmente la comandancia de Binatangan en Pudi, á mediados de Abril hice una excursión, habiéndome acompañado el M. R. Padre Ignacio Cabido y el P. Elorriaga.

Desde que se dejan atrás los campos de Dúpax, hasta que se llega al mal llamado tribunal, nada que llame la atención se descubre. Mas desde que uno entra en la planada de Manchodoy, barrera y límite que no era lícito traspasar antes sin peligro seguro de muerte, penetra en el ánimo la convicción más grande de que desde allí adentro sólo el salvaje ha dominado, sólo el

salvaje ha vivido, y sólo el salvaje ha disfrutado de aquellos cerros y laderas.

Se tiende la vista desde el Manchodoy al S. E., y ya se descubre la empinada montaña, en cuya cúspide, en forma casi de anfiteatro cerrado por espesísimo bosque, se ven árboles completamente desnudos de ramas y follajes, troncos seculares, cuya base es fabulosa, y cuya altura traspasa las regiones donde se forja el rayo y se forman las tormentas; gigantes mudos, que observados y vistos desde lejos, se parecen á un ejército de titanes, á cuyo cuidado estuviera encomendada desde el principio de la creación la defensa y custodia de aquellas selvas; estatuas inmovibles al ciclón y al terremoto, que cualquiera diría, al contemplarlas, que aquellos salvajes que no respetan las vidas de sus semejantes, cuidaban y respetaban aquellos troncos, creyendo en su superstición que cada uno de ellos era vivienda grata y mansión de paz, donde descansaban los espíritus de sus antepasados de cien generaciones. Cuando dirigí mi vista por aquel punto, y me dijeron: «Allá está Canaden,» y se me presentó de repente aquel cuadro grandioso, de elevadísima montaña engalanada y cubierta de espesísimo bosque, el desmonte en anfiteatro del centro, y plantadas como al acaso aquellas púas colosales, que todavía parecía que trabajaban por estirarse más y más para traspasar las nubes; cuando contemplé aquella soberbia perspectiva, aquel panorama de grandeza y aquel conjunto de majestad salvaje, una impresión fuertísima recorrió todo mi ser. Sentí no ir solo para haberme detenido á contemplar aquella sublimidad imponente hasta que se hubiera saciado mi espíritu. Y no es extraño: era la primera ranchería de igorotes que veía en esa forma. Todas las que se encuentran al Poniente de este pueblo están en vertientes y colinas despejadas, algo elevadas sí, pero al claro, y buscando en cuanto pueden el alejamiento de los miasmas mortíferos del bosque.

Parece que con ello revelan cierta bondad innata, cierta tranquilidad de conciencia, y cierta seguridad de que nadie se ha de meter con ellos. Admira como en una zona de terreno relativamente tan pequeña, puedan subsistir razas de diferencias etnológicas tan grandes. Pacíficos los igorotes del O., humildes, francos, simpáticos y sin tener sobre sí los crímenes que rechaza la razón natural, aun en el estado más degradado y obscurecido del hombre, producen al verlos el sentimiento de compasión, de afecto y hasta de cariño.

Al contrario los de la parte E., ó sean los ibilaos: no hay más que verlos y estudiarlos un poco para comprender que es una raza sin igual en el Archipiélago. Feroces, sanguinarios, desconfiados, traidores é ingratos; tales son las cualidades que revelan á poco que se les observe. Su mirada nunca es franca, siempre torva y traidora; su desconfianza absoluta, su ferocidad la patentizan en sus guerras intestinas de ranchería con ranchería y de jefes contra jefes. El olor de sangre humana, caliente y vertida por sus manos, los embriaga y los lleva hasta la locura. Su recelosa cautela en hablar y aun en contestar á lo más indiferente, y á lo que con la mejor buena fe se les pregunta, parece indicar que entre esa raza hay un gran secreto, algún gran crimen que ocultar, sólo sabido de ellos y transmitido de

generación en generación. En su frente parece que llevan el infamante estigma de la raza de Caín; pues tal es la pasión que tienen por matar á sus semejantes, tan inoculada tienen en su ser la ferocidad, que no basta una generación ni dos de vida pacífica en los pueblos cristianos para extinguirla de su naturaleza. ¡Cuántas veces ibilaos reducidos, criados ya y hechos hombres en los pueblos, con sus costumbres públicas al parecer como las de los cristianos, han arrojado de su cuerpo los vestidos, han recogido su tradicional bajaque, han empuñado sus arcos, flechas, rodela y campilanes, y se han largado, sin darse nadie cuenta, á inmensas distancias á satisfacer su dormida pasión sanguinaria, á derramar la inocente sangre de sus hermanos! Este es un apetito feroz, este el crimen que los domina.

Ante el botín de una cabeza cortada, y unas entrañas humanas arrancadas y palpitantes todavía, desaparecen todos los obstáculos para el ibilao; desaparecen todas las obligaciones; desaparece su ingénita pereza, y sufre trabajos inauditos recorriendo bosques y llanuras buscando la presa; desaparece la relativa tranquilidad y bienestar que goza en su hogar, y lo abandona; desaparece el amor paternal, llevando á sus tiernos hijos á una lucha en la que pueden sucumbir, y desaparece hasta lo que Dios ha implantado hondamente en el corazón de las fieras, la gratitud. Conoce el buey el pesebre de su poseedor; lame el perro fiel la mano del que lo acaricia; mas el ibilao, como tenga ocasión, asesina al que le favoreció. No es necesario que pasen meses ni días después de recibido el favor.

Bajan á un pueblo y entran en una casa: el dueño, llevado de sus sentimientos cristianos y del de la hospitalidad ingénita en el indio de pura raza, les trata todo lo mejor que puede, y les obsequia con todo lo que tiene. Pues bien, ¡desgraciado de él si al retirarse aquellos á sus guaridas lo encuentran á una legua nada más del pueblo y en una revuelta del camino! le cortarán la cabeza, le arrancarán el corazón y seguirán ebrios su viaje; y cuando ya lleguen á dar vista á su ranchería, desde lo más elevado de su montaña, con gritos siniestros y aullidos estentóreos anunciarán á sus vecinos el gran botín que llevan y el precioso trofeo que en su excursión han conseguido.

Entre muchísimos casos que pudiera referir á V. R., escojo el siguiente sucedido aquí:

Era la hora en que me retiraba á descansar un rato después de comer, cuando de repente empiezo á oír por el pueblo gritos, chillidos, llantos y el tambor del tribunal que tocaba indicando alarma. La sangre se me heló en las venas: creí que éramos víctimas de uno de esos terribles infortunios que tan frecuentes son en Filipinas y que sumen á los pueblos en la mayor miseria. ¡Incendio! dije para mí. Me lancé al balcón, dirigí mi vista á todas partes, y por ningún lado se descubría el negro penacho de humo, ni la columna de rojas llamas, únicos y seguros delatores de tal desgracia. Di un fuerte grito; vino un cuadrillero del tribunal, y ¿qué desgracia ó qué novedad, le dije, ocurre en el pueblo?

—Acaba, Padre, de llegar, me contestó, Basilisa Escalante al tribunal, dando parte de haber encontrado en la casa de su huerta de caña á su marido Ventura González sin cabeza y sin entrañas, suponiendo que lo

han asesinado dos ibilaos que ayer estuvieron, y se quedaron allí cuando ella vino al pueblo por arroz.

Inmediatamente se tocó á somatén, marchando todos los que pudieron á dar una batida y ver si se conseguía dar con los criminales. El hecho fué de la manera siguiente:

Habíase ido el infeliz matrimonio el lunes de aquella semana á dedicarse á la molienda de la poca caña dulce que tenían en su huerta. Lleváronse arroz para seis días con intención de volverse al pueblo la tarde del sábado, con el santo fin de oír Misa el domingo; pero he aquí que el viernes por la mañana reciben la inesperada visita de dos jóvenes ibilaos que decían ser, y realmente eran, de la ranchería que fué Binatangan. Ni el pobre viejo (frisaba ya en los sesenta años) ni su pobre mujer dieron importancia al caso. Siguiéron su faena como los días anteriores, obsequiaron á sus huéspedes todo el día con vino, buyo y tabaco, repartieron con ellos su morisqueta y pobre vianda, que aceptaron de muy buena gana, y los trataron, en fin, con las mayores consideraciones. A la puesta del sol cayeron en la cuenta que les faltaba arroz para el siguiente día, porque no contaron el lunes con que podrían tener aquellos raros visitantes á quienes mantuvieron.

— Márchate al pueblo, le dijo el viejo á su mujer, duermes allí, y mañana temprano vienes trayendo arroz para el día. Y por si éstos quieren continuar mañana todavía aquí, tráete ración para ellos también.

¡Oh cándido y venerable anciano! ¡Qué bien manifiestas la bondad de tu corazón, y qué bien patentizas que tu alma no ha sido terreno estéril al caer en ella la semilla de la doctrina del que murió en una cruz, cuando tan solícito te muestras por el alimento de mañana para las dos fieras que albergas en tu casa! Mas la mujer, que fuese por tener más desarrollo el sentimiento ó la imaginación, ó porque observara mejor, vió y comprendió el peligro que corrían.

— Me da mala espina esta gente, le contestó; siento una corazonada de que han venido con mal fin, y sabes que teniendo ellos ocasión propicia jamás la dejan

perder. Mira, vámonos al pueblo antes que sea más tarde, porque los latidos que siento hace dos horas en mi corazón me anuncian una desgracia.

— Aprensiones tuyas, le respondió el buen viejo: anda, cumple lo que te digo, y no tengas cuidado. ¿No los ves todo el día contentos y satisfechos? ¿Qué más pueden buscar? Les hemos dado de todo lo que teníamos; han comido lo que nosotros; han dormido y no han trabajado. ¿Qué más pueden desear?

La mujer, convencida ó conforme, ó más bien por prudencia, se calló antes que armar un altercado con su marido y ante la necesidad de ocultar á aquellos caníbales la desconfianza que reinaba en su ánimo; y luchando con los afectos más fuertes y puros de su alma, tomó el camino hacia este pueblo, á donde llegaba después de obscurecido. Dejémosla con sus cuitas, sus sospechas y alarma, y volvamos al casucho de la huerta.

Allí están los tres hombres: el viejo con sus miembros temblones, el cuerpo encorvado hacia delante por el peso de los años, su rostro acartonado y rugoso, y las canas caídas sobre su frente, formándole la mejor corona de su vejez digna y honrada. A derecha é izquierda, formando corro y acabando con los restos de la fru-

gal comida, se hallan también los dos emisarios de las selvas. Jóvenes, robustos, de musculatura hercúlea, de miembros redondeados y fornidos, cabellos desgreñados, pómulos salientes, labios remangados, de torva y feroz mirada, por cuyos rasgados ojos se asoman los negros y tenebrosos pensamientos que albergan en su cerebro, y cuyas pupilas inquietas y centelleantes delatan los criminales deseos que sus pechos acarician y alimentan. ¡Pobre viejo! Si no fuera porque los años que han arrebatado tus energías han acertado también y casi privádotte de la vista, descubrirías el mundo de horrores que te rodea, y á los últimos resplandores de la luz pálida que despide el manojo encendido de rajas de bambú que iluminan tu vivienda, con fijarte nada más que un momento en los rostros de esos dos seres que te acompañan, y á quienes has dado hoy con



AFRICA ORIENTAL.—Euforbio del desierto de Guruva. (Pág. 183)

tanto gusto albergue y alimento, leerías con evidencia aterradora los afanes sanguinarios, los apetitos feroces y las ansias de matar que les dominan.

Serían las ocho de la noche cuando, sobre unas pieles de venado, se acostaron los tres en cama redonda: el viejo muy confiado y tranquilo para dormir á pierna suelta; los ibilaos muy vigilantes para aprovechar la hora más oportuna para cometer un crimen.

Horrorosa tempestad empezó á aquella hora á desencadenarse por las altas cumbres de las próximas montañas. Un furioso torbellino la precedía, sacudiendo con potente fuerza árboles y cañaverales, pareciéndose el ruido de aquéllos al bramido ensordecedor de las olas encrespadas de un proceloso mar, y produciendo éstos al cimbrarse y chocar unas cañas contra otras, ese castañeteo, ese ruido especial y propio que, si á la luz del día, á la orilla del cristalino arroyo y reinando suave brisa, es encantador y hasta poético, en el seno de la noche, y de noche tormentosa, en que el trueno retumba en el espacio y conmueve hasta las mismas montañas, es por demás lúgubre, tétrico é imponente. Negras y parduzcas nubes preñadas de agua y electricidad rodaban por las altas regiones con rapidez vertiginosa. No era sólo una tormenta; eran dos ó tres sobrepuestas, y presentando desde luego un espectáculo grandioso y aterrador. Las descargas eléctricas de una á otra se sucedían sin interrupción, iluminando aquellos negros nubarrones, y convirtiéndolos momentáneamente en inmensos globos de fuego; las lluvias torrenciales empezaron á inundar los campos, y he aquí ya la magnífica ocasión, la hora apetecida y con afán esperada por aquellos lobos sanguinarios que pernoctan en el casucho de la huerta.

Cualquiera que en aquellos momentos hubiera introducido su cabeza por la desvencijada puerta del cobacho, aunque tuviera el corazón de bronce, habría dado un grito de horror, y habría retrocedido yerto de espanto al vislumbrar á la rojiza luz de los relámpagos, la escena horrible, el drama sangriento y el crimen sin

nombre que se estaba llevando á cabo en el interior de aquella fatídica morada. Un venerable é inerte anciano acostado en posición supina: una fiera de fuerzas hercúleas sujetándole por los pies, y otra tan salvaje, asegurándole por los blancos cabellos, y con su brazo izquierdo de hierro sobre la cabeza de la desgraciada víctima. ¿Qué iban á hacer? ¡Ah! Demasiado lo sabía

y comprendía el cándido é incauto viejo. Los ruegos, los gemidos y las súplicas salían por sus trémulos labios sin cesar. Pero en vano: en vano les recordaba la hospitalidad que les había dado; en vano los obsequios con que les había agasajado; en vano la confianza que en ellos había tenido, y la solicitud con que los había tratado. Que no es dable esperar deje su presa el tigre feroz que sale de la umbrosa selva, ni colocarse impune frente á las garras del león hambriento. Y más fieros que leones y más sanguinarios que tigres, tenían aquellos dos seres las pasiones en el momento en que, empuñando sus afilados y cortantes campilanes, se lanzaron á dar el primer golpe y separar aquella respetable cabeza de su tronco. Un momento después, y palpitante todavía, lo abrieron en canal arrancándole el corazón y las entrañas. Y ebrios de gozo y locos de ferocidad aquellos lobos carnívoros, se lanzaron por

aquellas sendas tortuosas con la satisfacción que los embriagaba, llevando cada uno en sus manos chorreando sangre la presa que les correspondiera en la victoria.

El ánimo se subleva y la cara se cubre de vergüenza al considerar que todavía puedan cometerse hechos de esta naturaleza á cuatro kilómetros de los pueblos cristianos.

Tal es la raza que le ha tocado en suerte á la nueva comandancia político-militar de Binatangan. Es la raza que á todo trance hay que dominar, hay que civilizar. Ya era tiempo que el pabellón español ondease por aquellos territorios; ya era tiempo que la madre patria hiciese sentir su influencia poderosa sobre aquellos seres feroces, y tiempo era también de que por sus pro-



AFRICA ORIENTAL.—A la sombra de la acacia parasol, en el desierto de Guruva. (Pág. 183)

pios ojos se convencieran hasta donde llega la intrepidez, la constancia y el valor que se encierra en los pechos españoles.

• La cruz ya ondeó por aquellas inmensas soledades. Hace ya un siglo, P. N., que un ínclito varón de la Orden, como V. R. sabe, traspasó las barreras que imponía el salvajismo ibilao y plantó la cruz; pero sucumbió, arrebatándolo á la vida unas calenturas perniciosas. Allí quedaron sus restos, allí están y los guardan los Angeles, figurándome algunas veces que descendiendo hasta el sepulcro, y tomando en sus alas las blancas vestiduras que sirvieron de mortaja al héroe, las elevan en alto para que los veamos, llamándonos con afán á enlazar y proseguir la obra de reducción comenzada y suspendida contra nuestros deseos hace una centuria.

Al territorio de los ibilaos la primera vez fué la cruz sola: hoy va la espada. Que la justicia, pues, y la paz se den mutuamente un apretado abrazo. Que la cruz y la espada caminen juntas en la conversión y civilización de gentes tan feroces y sanguinarias como son los ibilaos, y se llevará á cabo otra gran empresa, otra gran epopeya como las muchas que se han realizado por España en Filipinas.

Los trabajos hechos ya en la comandancia son muy grandes: cuartel, casa para oficiales, casa-habitación para el señor Comandante, dependencias para todos, cocinas, almacén de víveres y una fuerte estacada de troncos de árboles compacta que encierra el campamento. En el camino han trabajado los soldados también muchísimo, pudiéndose llegar muy cómodamente, en tiempo de secas, á caballo hasta Pudi.

Bien se ve, por los resultados conseguidos, la energía y el temple de alma del Sr. Márquez y del Sr. Vanaclocha que le secunda. La vida ó muerte; ó más bien, que las comandancias den los frutos apetecidos, ó no produzcan ninguno, depende sin género de duda de la elección del personal que mande. No sólo se necesita resistencia corporal, tampoco basta que sean intrépidos y valientes, se necesita mucho más. Los comandantes político-militares, al menos en estas comandancias de nueva creación, es preciso que sean calmosos en ocasiones; muy prudentes siempre; animosos, valientes, enérgicos, ágiles, y de mucha resistencia corporal, para sufrir las marchas fatigosísimas á pie, que necesariamente, algunas veces, han de hacer. Los ibilaos no se pueden quejar. Les ha tocado en suerte un Comandante que ni hecho de intento; pues además de todas esas condiciones, tiene otra superior, y es que en su mente no descansa la sublime idea del engrandecimiento de la patria; la de reducir á esas fieras á la vida pacífica, y la idea también grandiosa de que al mismo tiempo se abra paso á la cruz y al misionero para que, atraídos por las enseñanzas sublimes de nuestra Sacrosanta Religión, depongan su ferocidad, y entren en el rebaño que reconoce un solo Señor y un solo Pastor. Dios haga que, en premio de tan buenas disposiciones y deseos, acompañen siempre al Sr. Márquez las consideraciones de la patria y las bendiciones de todos.

No sé, P. N., si V. R. tendrá tiempo y paciencia para leer esta pesada relación sobre las exploraciones y fundación de la comandancia de Binatangan en Pudi.

El deseo de enterarle minuciosamente de todo, y al mismo tiempo de que conozca algunos de los vicios y carácter excepcional de los ibilaos de estas tierras, ha sido el motivo que me ha obligado á extenderme algún tanto.

ENCÍCLICA Á LOS OBISPOS POLACOS

Con fecha de 19 de Marzo último nuestro Santísimo Padre León XIII ha dirigido á los Obispos de Polonia una admirable Encíclica. En ella, después de un magnífico elogio de la nación polaca, el Sumo Pontífice recuerda y desarrolla las enseñanzas generales dirigidas á los polacos en precedentes Encíclicas. Luego añade:

«... Es justo que nuestras primeras felicitaciones por la constancia en la fe y nuestras primeras exhortaciones se dirijan á vosotros, los católicos sometidos al Imperio de Rusia, que sois los más numerosos. Nos os alentamos, ante todo, para que guardéis y fortifiquéis cada vez más vuestro propósito de practicar vuestra santa fe, pues vosotros poseéis en ella, como antes hemos declarado, el principio y la fuente de los mayores bienes. Que vuestras almas cristianas prefieran ese tesoro á todos los demás bienes, y que ellas le conserven á costa de mil pruebas y fatigas sin dejaros vencer por ninguna clase de dificultades, teniendo siempre ante los ojos la voluntad divina y los ejemplos admirables de tantos santos personajes.

«Fuerdes con la posesión de ese tesoro, esperad siempre, sean los que fueren los acontecimientos, con firme confianza y con paciencia el consuelo y el socorro de un Dios que nada olvida. Como lo piden los deberes de nuestro cargo, Nos conocemos vuestra situación y nos satisface la confianza, de todo punto filial, que vosotros habéis colocado en Nos. Así, pues, rechazad las calumnias que aun pueden sembrar entre vosotros para haceros dudar de nuestra benevolencia y solicitud hacia vosotros, y estad persuadidos de que no menos que nuestros antecesores, Nos hemos tenido en pro de vuestros intereses y los de todos vuestros hermanos el mayor cuidado posible; Nos estamos dispuesto á todas las fatigas y á proseguir, sin desfallecimientos, haciendo toda clase de esfuerzos para mantener vuestra confianza.

«Nos complace recordar que desde los comienzos de nuestro pontificado, inspirado por el deseo de mejorar la situación de la Iglesia en vuestras comarcas, hemos hecho provechosas gestiones cerca del Consejo del Imperio para pedir lo que á la vez exigen la dignidad de la Sede Apostólica y la salvaguardia de vuestros intereses. El resultado de estas gestiones ha sido pactar en 1882 algunos convenios con el Consejo del Imperio: uno de ellos fué la libertad prometida á los Obispos para gobernar sus Seminarios según las disposiciones canónicas. La Universidad eclesiástica de San Petersburgo, abierta igualmente á los polacos, fué entregada á la plena jurisdicción del Arzobispo de Mohilew y reorganizada en favor del clero y de la Religión católica; fué hecha además la promesa de abrogar ó suavizar lo más pronto

posible las leyes que el Clero hallaba demasiado rigurosas.

«Desde entonces jamás hemos descuidado una ocasión fortuita ó preparada para pedir el cumplimiento del pacto convenido. En más de una ocasión el muy poderoso Emperador ha juzgado conveniente deferir á estas reclamaciones, y Nos hemos reconocido sus disposiciones de amistad respecto á Nos y su grande espíritu de justicia hacia vosotros. Nos continuaremos recordándole estas instancias hechas en vuestro favor, recomendándolas ardientemente á Dios, que tiene en sus manos el corazón de los reyes: *Cor regis in manu Domini* (1).

«En cuanto á vosotros, venerables Hermanos, continuad defendiendo con Nos el honor y los sagrados derechos de la Iglesia católica, que llena su misión y produce los beneficios que debe repartir, cuando goza de la seguridad y de la libertad que reclama la justicia, y cuando tiene el necesario apoyo para el desarrollo de su acción. Y toda vez que vosotros veis con cuánta perseverancia Nos trabajamos en hacer reinar y afirmar por todas partes el orden en la sociedad y la paz entre los pueblos, trabajad también para que en el Clero y en todo el pueblo los principios del respeto á las Autoridades superiores y la sumisión á las leyes queden sólidamente establecidos.

«Velad también con todas vuestras fuerzas para que nada de cuanto interesa á la salvación de los fieles sea descuidado, en la administración de las parroquias, en la distribución al pueblo del pan de la divina palabra, y en todo aquello que tienda á alimentar el espíritu religioso. Que, sobre todo en las escuelas de niños, los pequeños y los grandes sean bien instruídos en el Catecismo, y á ser posible, á cargo de los sacerdotes, cuyo concurso tenéis derecho á pedir. Tendréis igualmente cuidado de que las ceremonias del culto se celebren en las iglesias con la pompa y el esplendor dignos y capaces de avivar la fe que puede encontrarse en tan preciosos elementos. No obstante, vosotros obraréis siempre bien previniendo las dificultades que podáis prever en este asunto, sin dudar jamás en apelar seriamente, pero con prudencia, á los compromisos adquiridos con la Sede Apostólica.

«Hacer que cese toda mala inteligencia, obtener todos los bienes convenientes, es un objeto que debe ser aprobado, no solamente por los polacos, sino por todos los que sientan un verdadero amor por el bien público.

«La Iglesia católica, ya lo hemos dicho antes, y este carácter en Ella resplandece más cada día, ha nacido y ha sido instituída en condiciones tales, que no solamente no puede jamás dañar á las naciones ni á los pueblos, sino que aun desde el punto de vista de los intereses materiales es una fuente de beneficios y de esplendor.

«En cuanto á vosotros los que estáis sometidos al Gobierno de la ilustre casa de Hasburgo, no olvidéis nunca cuánto debéis al augusto Emperador, cuyo celo por la Religión de sus antepasados es tan grande. Que la fidelidad y la sumisión que él merece de vuestra parte sean cada día más evidentes; aplicad por igual

vuestro celo, á fin de obtener todo lo que la salvaguardia y el honor de la Religión ha inspirado, ó que, según las circunstancias, pueda inspirar y establecer. Nos deseamos ardientemente que la Universidad de Cracovia, sede antigua é ilustre de la ciencia, defienda su integridad y su excelencia; Nos deseamos también verla poseída de emulación en presencia del renombre de ciertas Academias que, bajo nuestros impulsos, la solícitud de los Obispos y la generosidad de los particulares han surgido en gran número desde hace algún tiempo. Que en vuestra Universidad, como en aquéllas, bajo el impulso de nuestro hijo bien amado, vuestro Cardenal Obispo, se admire la unión de las ciencias más elevadas con las doctrinas de la fe, y que los beneficios de estabilidad y de ilustración que de esta unión resulten, se hagan sentir en lo más florido de la juventud de vuestra patria.

«Del mismo modo vosotros debéis tener grande empeño, como ciertamente lo tenemos Nos mismo, en ver á las Ordenes religiosas grandemente estimadas entre vosotros; recomendables por sus trabajos de perfección en la virtud, por su ciencia tan vasta y por el éxito de sus tareas de instrucción y educación, forman las tropas escogidas al servicio de la Iglesia: la sociedad civil ha buscado y ha encontrado siempre en ellas sus mejores auxiliares para llegar á los más nobles objetos. Y en lo que especialmente concierne á la Galitzia, Nos haremos una particular y benévola mención de la Orden tan antigua de San Basilio, á cuya restauración hemos dedicado nuestros cuidados y esfuerzos.

«Y es para Nos causa de gran satisfacción ver que esta Orden, con religioso apresuramiento á lo que Nos esperábamos de ella, trabaja rápidamente en recordar aquella gloriosa época en que su actividad fué tan fecunda en millares de beneficios para la Iglesia de los rutenos. Gracias á la solícitud vigilante de los Obispos y á la adhesión de los sacerdotes, felices presagios de salvación se manifiestan de día en día más evidentes para esa Iglesia. Y ya que Nos hablamos aquí de los rutenos, hemos de recomendaros que les profeséis los sentimientos de la amistad más estrecha, no obstante la diversidad de origen y ritos, cual conviene á ciudadanos que habitan la misma región, que viven bajo las mismas leyes, y, lo que es más aún, profesan la misma fe.

«La Iglesia quiere y ama en ellos á hijos dignos de su amor; les autoriza, por razones llenas de prudencia, á guardar sus costumbres y sus ritos: vosotros, pues, el Clero sobre todo, debéis considerarlos y tratarlos como hermanos, no teniendo para ellos más que un corazón y un alma, trabajando juntos á la mayor gloria de un solo y mismo Señor y Dios, y procurando multiplicar *in pulchritudine pacis*, los frutos de toda justicia.

«Con satisfacción igual dirigimos ahora nuestra palabra á vosotros los que habitáis la provincia de Gnesen y de Posen. Nos queremos recordar que hemos tenido la satisfacción de responder á todos vuestros votos, colocando en la sede augusta de San Alberto á uno de vuestros conciudadanos, Prelado eminente por su piedad, su ciencia y su caridad. Y todavía nos es más agradable ver con cuánta sumisión y con qué afecto

(1) Prov. xxi, 1.

obedecéis todos á su dulce dirección; espectáculo que hace nacer grandes esperanzas para el progreso de la Religión en vuestra comarca.

«Para que estas esperanzas más y más se confirmen, Nos queremos, y no sin razón, que tengáis confianza en vuestro serenísimo Emperador. Nos hemos sabido por él mismo sus buenas disposiciones hacia vosotros, y su benevolencia os está asegurada á cambio de vuestro respeto á las leyes y de vuestra perseverancia en una actitud siempre inspirada en sentimientos cristianos.

«Nos queremos también, venerables Hermanos, que cada uno de vosotros comunique á sus ovejas estas instrucciones y alientos, á fin de que vuestra acción se haga cada vez más fecunda. Que vuestros bien amados hijos puedan comprobar los sentimientos de afecto que nos animan respecto de ellos, y reciban estas instrucciones con sumisión y filial piedad.»



SAN CIRILO Y SAN METODIO, apóstoles de la raza eslava. (Pág. 187)

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

IX.—Camino del desierto

*Médico y dentista.—Entre ladrones de caminos.—
El desierto de Guruga*

Nos hemos detenido dos días en Daluni con el principal objeto de procurarnos víveres y calabazas, estas últimas para tener provisión de agua, pues vamos á atravesar un horrible desierto. Víveres y calabazas ha sido muy difícil obtenerlos en esta población incivil y grosera. Aun el más cachazudo de nuestros portadores se ha creído en el deber de hacerme acerca este punto respetuosas observaciones.

—¡Cómo! me dice, ¡estos salvajes nada quieren vendernos, y cuando vienen á mostrar sus males, les curas de balde! ¡Esto es ridículo!

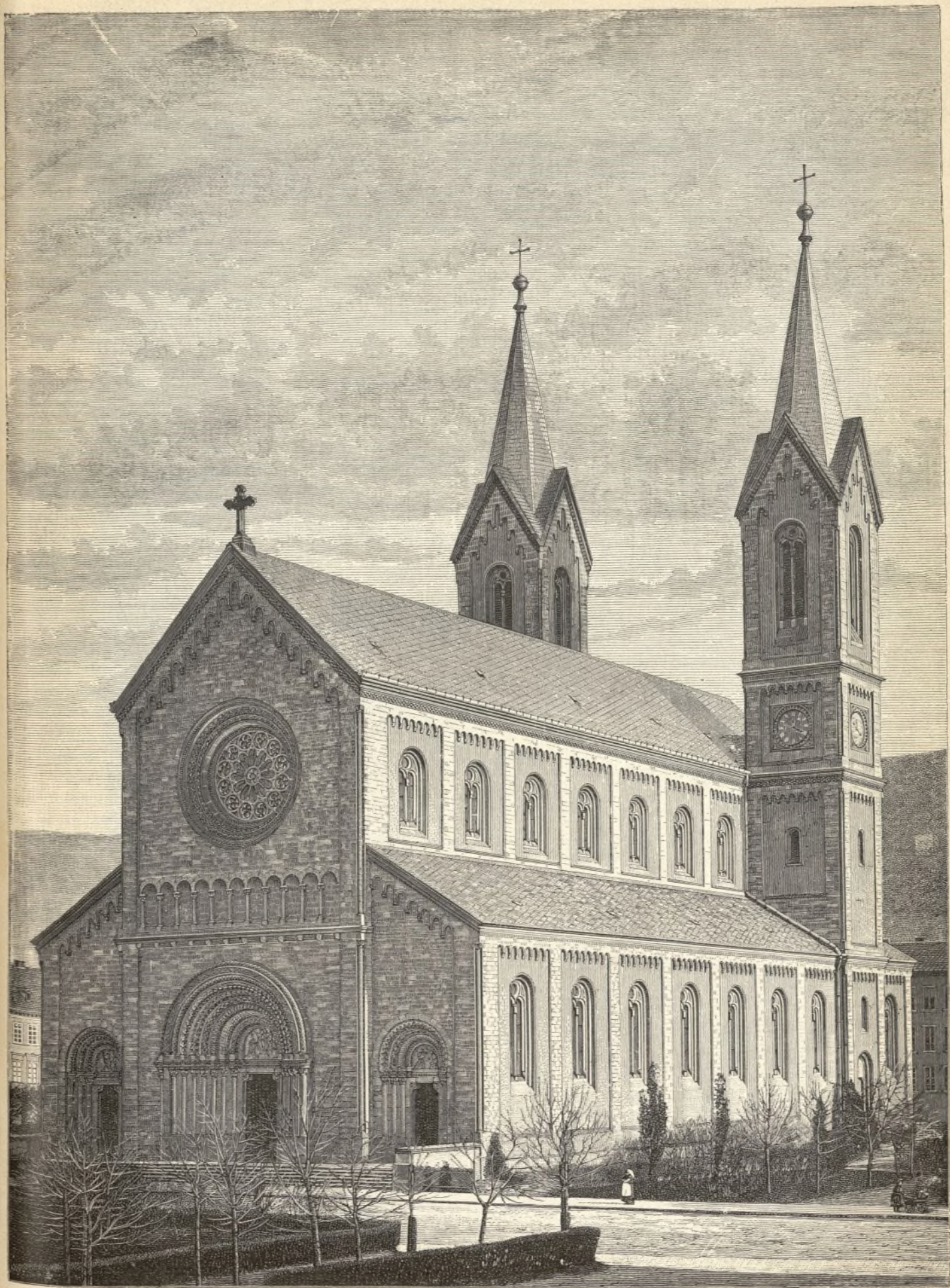
Cierto es que en el país digo la medicina gratuita

alcanza mucha boga. Los enfermos, esto es, los que lo han estado, lo están ó temen estarlo, se nos presentan en gran número, y tienen tanta fe en nuestras redomas, que no es posible contentar á la clientela; hasta nos consultó un ciego incurable, á quien por desdicha no pude devolver la vista.

Ayer presentósenos un muchacho, y sin decir palabra abrió la boca, hizo un visaje, y con la lengua dió un golpecito á un diente que se movía. Este caso era menos complicado que el precedente, y bastó para salir del paso coger el pedacito de marfil entre el pulgar y el índice. Inmediatamente circuló la nueva de esta maravilla, y no había transcurrido media hora cuando ya tenía en mi presencia todas las quijadas del país. La mayor parte de estas buenas gentes ninguna queja formulaba contra su doble hilera de dientes, pero me suplicaba que se los arrancase si quiera para preservarse de dolores futuros. ¡Qué excelente país para los dentistas!

Al salir de Daluni, cruzamos primero el riachuelo de este nombre, y al cabo de media hora el de Mbambara: ambos se reúnen y corren hacia el Umba; pero bajo este sol y en este país, seguramente no le alcanzan hasta que viene la estación de las lluvias.

Ahora nos preparamos á entrar en el desierto. A nuestra izquierda hay montañas y más montañas; á derecha, la llanura sin agua, y en el árido sendero que seguimos, árboles raquíticos, hierba amarilla y escasa, y extraños bosquecillos formados por una espantosa mezcla de lianas, euforbios y maleza de todo género, en que los espinos parecen haber reemplazado á las hojas. Una de estas plantas es sumamente característica: el pie tuberculoso, redondo, enorme, de un metro de diámetro, da nacimiento á multitud de lianas de un bello verde de acebo, que cubren á veces una extensión muy grande, en la que se arrastran, se retuercen, suben, bajan y se entrelazan de un modo tan compacto que apenas puede penetrar allí un pájaro: encima hay



BASILICA CATEDRAL DE LOS SANTOS CIRILO Y METODIO, en Welehrad. (Pág. 187)

profusión de espinas, largas y rectas, y en la base de cada una de ellas, dos hojas redondas, pero tan pequeñas que con dificultad se las distingue. La flor es blanca y poco vistosa, y el fruto es del tamaño de la grosella.

El suelo es arenoso, y descansa en grandes peñas de grano muy grosero y de color uniformemente gris. A veces, sin embargo, hállanse extensos espacios rojos, cargados de óxido de hierro.

A las once llegamos á un torrente sombreado por grandes sicomoros, donde cazamos algunos pichones verdes: el lugar se llama Kikumbi, esto es, *Pasaje (de los massais)*. El cauce del torrente está seco y lleno de piedras enormes; pero nos dicen que remontándolo encontraremos agua. En la montaña de Mshiwi, de donde baja, los taitas que se han instalado allí con objeto de desbalijar á las caravanas nos proveerán de víveres. Disparamos por consiguiente algunos tiros para darles aviso de nuestra presencia, é invitarles á hacernos una visita.

Vana esperanza. Por fin, cinco ó seis bagajeros se aventuran en aquellos recónditos desfiladeros, mientras el resto de la caravana descansa, con intento de proseguir la marcha por la noche.

Así pasamos la tarde, sin tener noticia alguna de nuestros hombres que se han adelantado: ¿los montañeses los habrán apresado y comido? Nada tendría de extraño, pues tal es su costumbre. En su virtud nos disponemos á hacer un reconocimiento armado, cuando de pronto oímos gritos y cantares: son nuestros exploradores que vuelven cargados de víveres: granos, miel, gallinas y calabazas. Los tiros habían persuadido á aquellas gentes que una fuerte expedición venía á vengar á los árabes á quienes asesinaran recientemente, y habían huído, poniendo en salvo sus rebaños de cabras, carneros y vacas. Así es que nuestros hombres perdieron mucho tiempo llamándolos.

Partimos á las seis de la tarde. A nuestro frente el sol desaparece detrás de una montaña que debemos rodear. Como un ojo inmenso, su globo rojo nos lanza una mirada por encima de la gran muralla, y luego se hunde, dejando que las sombras indecisas cubran aun algún tiempo el espacio hasta que la luna le reemplaza en la esfera celeste para guiarnos en esta marcha aventurera.

Mualimu, nuestro guía, lleno de celo dirige á la caravana sus recomendaciones.

—Uanguanas, hermanos míos, atended bien. Vamos á pasar una noche de miserias, pero es indispensable para abreviar la jornada de mañana y cruzar el gran desierto de Guruva. ¡Escuchadme, pues, tumborumbos!... Marchemos todos uno tras otro sin una palabra, sin ruido, sin estornudar ni escupir. Si alguien tiene necesidad de detenerse, verdadera necesidad, dirá: «¡Tengo una verdadera necesidad!» Y todos nos detendremos. Y cuando vuelva á andar, todos andarán; pues si le arrebatase un león, ¿quién llevaría su carga? ¿Quién reclama?... Sin ruido, sin estornudar ni escupir... porque si los búfalos nos oyen, se dirán: «¿Qué sucede allí?» y se echarán sobre nosotros, y nos reven-

tarán... Sin ruido... Los rinocerontes lo mismo, con sus cuernos. ¡Ah, ya quisiera verte á ti, tumbo-rumbo, en un cuerno de rinoceronte, de parte á parte, gran boricorico!... ¡Ea, uanguanas, hermanos míos, está dicho: todos en fila; suavemente, sin ruido, sin toser, ni estornudar, ni hablar, ni silbar, ni escupir!...

Después de esta *brillante* improvisación, la caravana emprende la marcha con perfecto orden. Por desdicha, aun no hemos andado veinte pasos cuando un bagajero tropieza con uaas raíces y cae con su carga sobre su vecino, que á su vez cae sobre otro, y éste sobre un tercero, como en el juego de bolos; de ahí risas y gritos capaces de despertar todos los ecos. El guía se incomoda, repite su arenga, y el orden se restablece para no ser turbado sino una que otra vez, cuando, por ejemplo, un bagajero se duerme andando, y cae bajo su paquete.

Marcha interesante, con todo, es la de hoy entre las tinieblas nocturnas, á través de este bosque y con sepulcral silencio. A nuestros pies con dificultad se ve la senda, y sobre nuestras cabezas el cielo se cubre de innumerables estrellas; las nubes que pasan corriendo ante la luna derraman sucesivamente ante nosotros la sombra y la claridad; los árboles toman formas fantásticas; la vista se pierde en profundidades desconocidas y misteriosas; el canto variado de los insectos se eleva por todas partes, suave, agudo y monótono, formando un verdadero concierto. Unas veces óyese á lo lejos el aullido de la hiena, y otras percíbese más seco y siniestro un ruido sordo y vago que anuncia la proximidad de alguna fiera. Y la caravana en tanto se desliza silenciosa y con cautela, y desnudos los pies, por el angosto sendero, como una larga procesión de sombras.

Entonces el espíritu se recoge sin esfuerzo, y el alma sube por sí misma hacia Aquel que creó todas las cosas, y las conserva con su paternal Providencia.

La actividad del universo no conoce descanso; y mientras que en su libertad simple y animosa, el misionero se dirige al corazón del Africa por caminos que el astro de la noche alumbra, he aquí que la hierba respira, el árbol crece, el ave descansa, la fiera busca su pasto, los negros en sus aldeas bailan al son de los tambores; y en el resto del mundo, en las grandes ciudades y las feraces campiñas, uno duerme mientras que otro vela; el enfermo suspira por la primera luz del alba, el obrero trabaja y el monje ora. En este momento se cometen tal vez atrocidades sin nombre; uno goza de las comodidades de la vida, mientras otro ata al clavo la cuerda en que la desesperación va á ahorcarle; un niño nace, y un anciano muere; aquí se adula y allí se conspira; en unas partes se divierten, y en otras se matan. ¿Que sé yo lo que ocurre en la tierra en el mismo minuto, mientras la luna ilumina un hemisferio, y el sol el otro? Al fin de los tiempos Dios juzgará todos los pensamientos, todas las palabras y todos los actos: lo importante es que nuestra cuenta merezca allí la aprobación divina.

A media noche llegamos á un claro del bosque, donde nos detenemos.

En un instante nos rodeamos de hogueras, y cada cual se arregla á toda prisa un lecho provisional. Antes

de quince minutos plácidos ronquidos atestiguan el gusto con que se duerme, después de las fatigas de la jornada.

A las tres de la mañana el Ilmo. Courmont está de nuevo en pie: como todos los días, celebra la Santa Misa en su altar portátil, y al concluir, los bagajeros ya se desperezan, y Solimán presenta una poción negra que afirma ser para uso interno: es café según su fórmula. Sorbemos la parte más clara de este brevaje, y el sol aun no ha aparecido á nuestra espalda cuando ya estamos en camino.

La frescura de la mañana dura poco, y no se ve rocío en las plantas: la jornada será penosa. Además, á medida que adelantamos el paisaje es cada vez más triste. A derecha tenemos constantemente la misma cordillera de montañas, que aquí se levanta como una muralla, sin nada que tape su árida uniformidad. La llanura ofrece el mismo aspecto. Por todas partes la arena de las montañas se mezcla con el mineral: andamos penosamente por este sendero, cruzando cauces de torrentes secos, por los que el agua ha pasado como en canales, y pronto se cansa la vista de mirar siempre delante un terreno estéril, cubierto de orín y como empedrado de hierro. Vense á trechos mezquinos grupos de gramíneas; únicamente algunas acacias parasoles (*V. el grabado de la pág. 177*) extienden en el desierto sus copas casi verdes; euforbios arborescentes, especialidad de estas soledades (*V. el grabado de la pág. 176*), muestran sus caprichosas ramas; una flor particular se ha aclimatado en este triste país; pero sus hojas, marchitas y nada vistosas, indican la dificultad con que crecen. No se ve animal alguno correr por la llanura, y ningún aleteo revela la presencia del ave, ni el menor zumbido de algún insecto anima este sombrío paisaje: hasta la brisa rehusa al viajero su suave oreo.

A medida que adelanta el día es más ardiente el sol: el camino abrasado quema la planta de los pies, la fatigada vista no distingue ante sí sino un extraño espejismo; el suelo es rojo, la maleza gris, y arriba el mismo cielo parece reflejar los rayos implacables de su astro de fuego como un inmenso escudo de plata.

La caravana adelanta dispersa y lentamente con una especie de desesperación, sin pronunciar una palabra. Sólo de vez en cuando algún bagajero, sin fuerzas ya, arroja su carga y échase encima, bajo la sombra de una acacia, confiando que, como la de la tumba, le será ligera; ¡y muy ligera es en efecto la sombra de la acacia! Con todo, sirve de pretexto para cobrar aliento, y aun nosotros la aprovechamos algunas veces.

Poco á poco, sin embargo, el suelo parece menos árido, y á medio día nos señalan en el horizonte una línea verde. Es Kitivo y su río, en donde debemos acampar.

Los más intrépidos apresuran la marcha, y vuelven con calabazas llenas de agua para sus camaradas sedientos.

Por la noche todo el mundo se reúne en el campamento: habíamos atravesado el desierto de Guruva.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XVII

Rafidim

LA tradición y los viajeros identifican el oasis de Feirán con la célebre estación de los hebreos en Rafidim. Los hijos de Israel hallaron allí, por vez primera después de su salida de Egipto, un pueblo enemigo dispuesto á cerrarles el paso. Los amalecitas, tribu guerrera, habitaban los desiertos que se extienden desde el mar Muerto hasta Egipto y Sinaí, y al acercarse los israelitas acudieron á defender contra la invasión de los extranjeros la más preciada de sus posesiones, el fértil oasis de Rafidim. Este lugar era, además, el más favorable para detener al enemigo: paso angosto entre dos peñascos infranqueables; espesura para hurtar el cuerpo á los tiros enemigos; agua en abundancia; sinuosos y múltiples valles para huir en caso de derrota.

Moisés tuvo que detener á su pueblo en el valle antes de llegar al oasis y á las fuentes custodiadas por el enemigo: «Acamparon en Rafidim, donde no tuvo el pueblo agua para beber (1).» «Allí el pueblo, hallándose acosado de la sed, y sin tener agua, murmuró contra Moisés, diciendo: ¿Por qué nos has hecho salir de Egipto para matarnos de sed á nosotros y á nuestros hijos y ganados? Clamó entonces Moisés al Señor, y le dijo: ¿Qué haré yo con este pueblo? Falta ya poco para que me apedree. Dijo el Señor á Moisés: Adelántate al pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel, y toma en tu mano la vara con que heriste el río y vete hasta la peña de Horeb, que Yo estaré allí delante de ti: y herirás la peña, y brotará de ella agua para que beba el pueblo. Hizolo así Moisés en presencia de los ancianos de Israel. Y puso á este lugar el nombre de Massah (Tentación), y Meribah (Querella), por el alboroto de los hijos de Israel, y porque tentaron al Señor diciendo: ¿Está ó no está con nosotros el Señor (2)?»

A unos siete kilómetros del oasis se muestra, al pie de las rocas que limitan el uadi por la parte del Norte, una peña de dos metros de altura, que nada tiene de particular en su forma y naturaleza, y que los indígenas llaman Hesi-el-Kattatin, la fuente oculta del Escritor. Para los beduinos de Sinaí el Escritor es Moisés, y dicen que la peña es la misma de la que el Profeta hizo brotar agua para dar de beber á su pueblo sediento.

Esto es todo lo que se sabe de la célebre peña, y aun el recuerdo bíblico que le asocian los indígenas de nuestros días, sólo es conocido desde la expedición inglesa de 1867. El Sr. Palmier fué el primero en señalarlo: los antiguos peregrinos de Sinaí lo ignoraron, y no hacen de ella mención alguna los documentos de la época monástica.

No hay otra señal de veneración junto á la peña que montones de guijarros que echan los beduinos á su pa-

(1) Exod. xvii, 1.

(2) Exod. xvii, 3-7.

so, como acostumbran en los lugares célebres de sus desiertos (1).

El lugar y la peña se corresponden perfectamente con el Sagrado Texto, y al viajero cristiano le duele no poder apoyar su devoción en una tradición más segura que una creencia local sin sello de antigüedad.

Por lo demás, los monjes de Sinaí transmiten otra tradición y muestran otra peña de Moisés en el Uadi-el-Ledja.

La batalla se dió á unas dos leguas de la peña, en la entrada misma del oasis.

«Amalec vino, pues, y presentó batalla á Israel, en Rafidim. Y dijo Moisés á Josué: Escoge hombres de valor, y ve á pelear contra los amalecitas: mañana yo estaré en la cima del monte, teniendo la vara de Dios en mi mano. Hizo Josué lo que Moisés había dicho, y trabó combate con Amalec. Entre tanto Moisés y Aarón y Hur subieron á la cima del monte. Y cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel; mas si las bajaba un poco, Amalec tenía la ventaja. Ya los brazos de Moisés estaban cansados: por lo que tomando una piedra, pusieronla debajo, y sentóse en ella, y Aarón de una parte, y Hur de la otra, le sostenían los brazos, los cuales de esta manera permanecieron inmóviles hasta que se puso el sol. Y Josué derrotó á Amalec, y pasó á cuchillo su gente (2).»

La montaña en que oró Moisés mientras Josué combatía es el Djebel-et-Tahuneh, la única que domina el paso á suficiente altura para que en ella estuviese Moisés en seguridad, y pudiera al mismo tiempo seguir todos los incidentes de la jornada y ser visto de los combatientes. La antigua tradición la designa muy claramente.

«El punto donde oró Moisés cuando Josué venció á Amalec, dice Santa Silvia (3), es una alta montaña en Farán (nombre de Feirán en la época greco-romana). En el lugar mismo de la oración hay ahora una iglesia, en la que se muestra el sitio donde se sentó Moisés y las piedras que sostenían sus brazos. Allí también Moisés, después de la derrota de Amalec, erigió un altar al Señor. La montaña se levanta como un muro á quinientos pies sobre el valle.»

Dos siglos más tarde Antonino, mártir, visitó la ciudad de Pharán. «Allí, dice, hay un oratorio cuyo altar está puesto sobre las piedras que sostenían á Moisés durante su oración.»

Nosotros queremos visitar ante todo esta santa montaña, y partimos sin guía y sin informarnos del camino, escalando las rocas con entusiasmo, y dando un rodeo cuando no podemos subir por ellas. No pudo ser éste el camino de Moisés, pues es penoso y escabrosísimo. Reconocimos en efecto, al llegar á la cumbre, que desde el punto en que los hebreos desembocaron en el valle, al Oeste, un sendero conduce á la cima del Djebel-et-Tahuneh, siguiendo un repliegue de la montaña al abrigo de los tiros de los enemigos, verosímilmente oculto

en los árboles del oasis ó detrás la peña de Maharrad. Moisés no pudo, á lo que parece, tomar otro camino. Los cristianos y los monjes habitantes de Pharán practicaron en ella escalones é hicieron una vía santa, adornada con pequeños santuarios que aun pueden reconocerse.

La iglesia, construída en la cumbre donde oró Moisés, está mejor conservada: las paredes laterales, adornadas con pilastras de asperón rojo, de estilo griego; el ábside y las sacristías están aún en pie, y cubren en gran parte la pequeña plataforma final. Por algunos fustes de columnas y cimientos antiguos hemos creído reconocer que el edificio actual fué construído sobre las ruínas de una iglesia mayor y de tres naves.

Cumplido nuestro deber de peregrinos en este lugar santo, nos encaramamos á los muros para ver el teatro de la lucha. No es un campo de batalla para grandes ejércitos el estrecho surco del valle de Feirán y el ancho cauce, pedregoso y escarpado, del uadi Aleyat; y con dificultad pudiera allí maniobrar y combatir una columna de cuatro á cinco mil hombres. Así es que Moisés no libró batalla con la masa de un pueblo: «Escoge guerreros entre nosotros,» dijo á Josué.

Los amalecitas aprovecharon sin duda todos los valles secundarios, todas las cuencas que desde los flancos de Serbal desembocan en la ruta de los hebreos, para fatigarles con ataques de flanco y sorprender á los rezagados con emboscadas. «Acuérdete de lo que hizo contigo Amalec en el viaje, dijo un día Moisés á su pueblo, cuando saliste de Egipto: como te asaltó, acuchillando á los últimos de tu ejército, que cansados se quedaban atrás, estando tú muerto de hambre (1).» Pero el centro de la acción principal debió ser al rededor de la peña de Maharrad, colocada en medio del valle, á la entrada del oasis. Si la tradición monástica de los primeros siglos, referida por Santa Silvia, no colocase en el Djebel-et-Tahuneh el altar que Moisés erigió al Señor después de la victoria, nos inclináramos á conjeturar que fué levantado en esta peña de Maharrad. Según nuestras ideas vulgares, el monumento de la victoria debiera haberse colocado en el campo enrojecido por la sangre de los combatientes, más bien que en una altura aislada y casi inaccesible: el lugar hubiera sido más propicio para una ceremonia en la cual todo el pueblo debió tomar parte.

Acercándose la noche, fueros preciso volvernos para que no nos sorprendiera la obscuridad, y dejar para el día siguiente la visita de las ruínas y sepulcros escalonados en la montaña.

XVIII

Recuerdos cristianos de Farán

Es de creer que un valle tan privilegiado nunca estuvo sin habitantes, y que los amalecitas volvieron á él cuando no tuvieron que temer el regreso de los hijos de Israel: algunos siglos más tarde el historiador árabe Makrisi apellida Farán á una ciudad de amalecitas. No obstante, entre los escritores de la antigüedad pa-

(1) Este uso es uno de los ritos de la peregrinación de los creyentes á la Meca. Al dirigirse desde esta ciudad al monte Arafá para orar, el peregrino se detiene en la aldea de Menna, y echa cuarenta y nueve piedras en las tres estaciones llamadas Eblis (diablo) ó Carbón del Castigo.

(2) Exod. xvii, 8-13.

(3) En el libro de Pedro, diácono: *De Locis Sanctis*.

(1) Deut. xxv, 17, 18.

gana, el geógrafo Ptolomeo es el único que cita esta ciudad. La denomina pueblo de Farán (*Λαμὴ Φαράν*), del nombre de Farán, que con frecuencia dan los Libros Santos á la región desierta que comienza en el límite meridional de la tierra prometida y baja al Sur hasta los alrededores de Sinaí.

En los primeros siglos de nuestra era fué cuando Farán adquirió su importancia. El fervor religioso impulsó hacia estas soledades hospitalarias á multitud de cristianos de Egipto y Siria ávidos de oración y penitencia; las ruínas más antiguas del valle parece remontan á esta época monástica. La colonia cenobítica fué administrada primero por un Consejo de ancianos y más tarde por un Obispo. Como Santa Silvia no habla del Obispo de Farán, es probable que la silla episcopal no existía aún á fines del siglo IV. Los primeros titulares de quienes se tiene noticia son el monje Aretas y el obispo Macario.

tulo de Obispo de Sinaí. Desde entonces Farán fué decreciendo, y en 1454 estaba desierto (1).

La ciudad, la iglesia principal y la residencia del Obispo estaba en la colina de Maharrad, viéndose todavía muros de más de dos metros de espesor, algunos lienzos de pared de la iglesia, con su capa de yeso y restos de pinturas al ocre rojo, fustes de columnas y capiteles muy bien trabajados, que denotan cierto esplendor en el edificio. En uno de ellos hay una cruz; y otro que vieron los miembros de la expedición inglesa, pero que nosotros no hemos hallado, muestra la figura de un hombre orando con los brazos levantados, como Moisés durante la batalla.

La roca en la cual se ven estas ruínas presenta por la parte de Levante hermosas muestras de esos filones dioríticos tan comunes en las montañas de rocas primitivas de la península sinaítica, los que por su extensión, dirección uniforme de Norte á Sur y su tinte



ARABIA.— Colina de Maharrad y Djebel-et-Tahuneh, en Feirán. (Pág. 184)

En el siglo VII la herejía vino á turbar esos piadosos retiros: el obispo de Farán, Teodoro, fué condenado por el Concilio III de Constantinopla como uno de los más ardientes fautores de los monotelitas (1). Ya por aquella época los monjes, sin cesar expuestos á las depredaciones de las tribus indígenas, comenzaron á trasladarse á las cuencas del monte Sinaí, protegidos por la fortaleza de Justiniano, convertida después en convento de Santa Catalina. Poco tardó el Obispo de Farán en retirarse también á la fortaleza, tomando el tí-

obsuro, dan con frecuencia á estas montañas un aspecto enteramente particular.

Al Norte de esta ciudad monástica, en la vertiente opuesta del valle, hay también numerosas ruínas, pero menos importantes. No se ven vestigios de monumentos, sino casas construidas en parte con materiales viejos, y en regular estado de conservación. Sospéchase que fué una población árabe construida después de la destrucción de la ciudad monástica. Sin embargo, abun-

(1) Le Quien: *Oriens Christianus*, t. III, p. 751.

(1) Makrisi.

dan allí los signos cristianos, y nos llama la atención, especialmente en la mayor de dichas moradas, el dintel de una puerta, con una inscripción copta (1), y debajo dos medallones y tres arcadas esculpidas de relieve, en los cuales los sabios de la expedición inglesa reconocieron figuras de hombres en oración con los brazos levantados.

Estas dos ciudades abandonadas, y la elegante torre de un reducido monasterio dominando un bosque de palmeras en medio del oasis, no son más que una parte de los restos de la ocupación monástica. Innumerables grutas en las que vivieron piadosos solitarios, abiertas en parte por mano de hombre, vense en la base de la roca de Maharrad y en todos los flancos del valle. Una de ellas, que visitamos, muestra aún algunos restos de una puerta de madera y ofrece una habitación regularmente cómoda: fórmanla tres piezas de cinco metros de superficie separadas por paredes de la misma roca.

Los sepulcros son más numerosos aún y más visibles. Esas casitas, mejor conservadas que todo lo demás, rematando en un terrado al que á veces corona un frontón; que se ven por do quiera al pie de la montaña y en los lindes del uadi Alleyat, aisladas, y las más de las veces reñidas en grupo, son las habitaciones de los muertos, que muchos viajeros toman por las de los vivos.

El guía Baedeker señala en la pendiente, á la izquierda del valle, entre el Hesweh y Maharrad, un grupo de casas de piedra con ventanas exteriores, del tiempo de la antigua Pharán. Casas de varios pisos con grandes ventanas cuadradas que dan al exterior, es, en efecto, cosa muy extraordinaria en este país: quisimos examinarlas de cerca, y vimos que eran sepulcros. Cinco galerías paralelas, de seis metros de largo por setenta y cinco centímetros de ancho y un metro y medio de alto, cubiertas con losas y separadas por gruesos muros, forman el piso bajo, construido sobre un subterráneo por el mismo estilo. Encima se levanta otro piso de cinco galerías iguales, en ángulo recto sobre las primeras; son las aberturas de estas mansiones sepulcrales, cerradas en otro tiempo con losas, y que Baedeker toma por puertas y ventanas. La construcción, como todas las casas de Oriente, remata en una terraza circuida con tierra.

En el uadi Aleyat son todavía más numerosos los sepulcros; formando pueblos de casitas sólidamente construidas de canto solo y todos iguales, comprendiendo cada una de ellas uno ó dos pisos de dos ó tres galerías paralelas, semejantes á las ya descritas. Muchas no han sido aún violadas. Los cuerpos ocupan todavía su lugar, unos á continuación de otros, en las galerías, con los brazos extendidos hacia los lados, viéndose bajo las osamentas girones del grosero lienzo de lana ó de palmera que les sirvió de sudario.

Estas tumbas, construidas sobre el suelo con tanto esmero y en tan gran número, son una particularidad de Feirán: no se las encuentra en ninguna otra parte, ni en los valles vecinos del Sinaí ni en las playas de Thor, antiguamente pobladas asimismo por anacoretas y monjes.

(1) Véase esta inscripción en el libro del archimandrita Porphyrios Wostok Christianski: *Egipte e Sinai*, pl. LXVI.

UNA CONVERSIÓN

PUBLICAMOS á continuación la carta que el Rdo. Henry Adams, uno de los más distinguidos miembros del clero episcopal en los Estados Unidos, ha dirigido á sus antiguos correligionarios, al anunciarles su separación de la secta y su conversión al Catolicismo. Dice así:

«Mis queridos amigos: Cuando un hombre, después de fatigada y larga vida, en las circunstancias en que más sensible es á la soledad y al rompimiento de antiguos vínculos, se ve obligado á renegar prácticamente de cuanto ha constituido la aspiración suprema de aquella misma vida, poniéndose en contradicción aparente con todo su pasado, ya se comprende que ha llegado para él la hora solemne de prueba. Y este es el caso en que me encuentro hoy, al haceros saber que he renunciado mi posición eclesiástica en la Iglesia episcopal, para entrar en la comunión católica.

«A este paso me han guiado, por la divina gracia, dos órdenes concurrentes de razonamientos. Me he hecho al fin católico: primero, porque no hay otra deducción lógica de todos los hechos que mis lecturas y mi propia experiencia me han enseñado; y segundo, porque no había paz para mi conciencia, ni explicación satisfactoria del gran problema de la vida, fuera de la Iglesia católica.

«Evidencia interna y necesidades del corazón me impulsaron durante muchos años hacia la meta á que al fin he llegado. Respecto á la evidencia interna, francamente debo confesar que, no pudiendo tener confianza en mi saber ni en la fuerza de mi inteligencia, he aceptado las conclusiones por otros deducidas. Siempre he considerado éste como seguro criterio durante toda mi vida.»

El Rdo. Adams entra aquí á hacer un compendioso recuento de las contradicciones de doctrina en que han incurrido los doctores y fieles de la Iglesia episcopal, y agrega:

«Desde niño, nunca he podido ser insensible á la vergüenza que la contemplación de aquella Babel de incertidumbre provoca en todo corazón honrado.

«Ni es sólo su impotencia docente y las inconsecuencias de doctrina lo que me afligian y avergonzaban: causa mayor de confusión para mí después de diez años de amarga experiencia, era el miserable fiasco del sistema de parroquia en esta iglesia.

«Sin paralelo en la historia, el sistema parroquial de la Iglesia protestante episcopal, es al presente la más estúpida y ridícula monstruosidad de toda la cristiandad. Tiene este sistema por base un rector, nombrado por una junta de ricos del lugar; y en tal virtud aquel rector, intimidado, acosado, dependiente por su salario, algunas veces inmoral, ignorante á menudo, oficioso, servil, no viene á ser otra cosa que un portavoz de los mismos ricos que lo pagan.

«A esos ricos les enseña lo que les es grato saber, tolerando y aceptando cualquiera abominación que ellos hayan establecido en la parroquia. Para conservar la paz, tiene que hacer traición á su conciencia y á la obra

divina. Los rectores populares (miserables siervos mudos) son aquellos que lisonjean las pasiones de sus feligreses, apartando toda cuestión y toda idea que pudieran parecer intranquilizadoras.

«En sus relaciones con los pobres, en su espíritu de coquetería con todas las sectas, en su sistema judicial, en su falta absoluta de disciplina, cohesión y espíritu de cuerpo, en sus vacilaciones é impotencia para hacer el bien, se encuentra la razón de que tantos hombres honrados hayan perdido por completo la fe. Ante semejante espectáculo, es imposible que un hijo leal no sienta su corazón desgarrado; y de ahí á caer forzosamente en la vía de la aquiescencia á todo lo malo, no hay más que un paso.

«Con el corazón lacerado, me puse á estudiar entonces los fundamentos de la Religión católica, y por primera vez leí los espléndidos argumentos formulados por algunos gigantes apologistas, que han tratado la cuestión con fuerza de doctrina muy superior á la de mis antiguos maestros, y con una santidad y desinterés de miras que no pueden expresarse con palabras. Aquello fué para mí hermoso y refrescante, sintiéndome cada día más asfixiado en aquella atmósfera de servidumbre y de sórdido interés pecuniario que domina en mi antigua comunión religiosa.

«Al fin, sin esfuerzos, disfrutando de profunda é inexplicable paz, mi corazón salió al encuentro de mi inteligencia, que volvía provista de convencimiento, y todo mi ser quedó penetrado de luz. Tras años de duda, de angustia y de lucha, pasé á la *fuerte ciudad* de Dios, á su tranquilo tabernáculo, donde permaneceré oculto para siempre, lejos ya del campo de las disputas.

«Vuestro amigo y servidor en Jesucristo.—HENRY A. ADAMS.»

Nada más significativo que esta carta respecto de la situación de la Iglesia episcopal en los Estados Unidos. Cuenta ella con muchas riquezas, tiene infinidad de templos, sostiene numerosas escuelas; pero le falta lo substancial: la fe. Aquello no es una Iglesia, sino una sociedad organizada para fines puramente humanos, sin influencia alguna sobre las costumbres públicas y privadas.

Y lo propio sucede con todas las demás comuniones protestantes, que sólo han producido el más absoluto descreimiento. No habrá *un solo hombre* de importancia social, política y literaria, en aquel país, que no mire con desdén todas las ridículas mogigaterías de las Iglesias protestantes. La fe religiosa no existe allí sino entre los católicos y entre las gentes sencillas de los campos. El gnosticismo (negación absoluta) impera en las clases altas, lo mismo entre los hombres que entre las mujeres, y si muchas van todavía á los oficios dominicales, es simplemente por rutina, por moda y por conveniencia.

La Iglesia presbiteriana, la segunda en importancia numérica, está también á punto de disolverse. Ahora tres años pasó por una gravísima crisis, cuando se discutió la revisión del credo en la asamblea general de Wáshington. Entonces, gracias á ciertos *manipuleos*, no se obtuvo el número necesario de votos (dos terceras partes) para la reforma, que implicaba puntos muy substanciales. ¡Y vaya una cosa ridícula! porque faltaron

diez ó veinte votos en aquella reunión, todos los presbiterianos están obligados á *seguir creyendo* lo que, en fuerza del libre examen, rechazan y repudian. Miran con horror la autoridad del Papa, y aceptan, por fórmula, la decisión tomada por mayoría de unos pocos votos, cual si se tratase de los intereses de un Banco ó de una Compañía minera. ¡Esto es monstruoso!

Y tal monstruosidad no puede menos de imponerse á toda persona de sentido común. Por esta razón se ha producido en el seno de la Iglesia presbiteriana un inevitable movimiento en el sentido de llegar á un *credo* tan amplio, tan elástico, tan poco dogmático, que quepan en él todas las creencias, aun las más contradictorias entre sí. Este *compromiso* ó *modus vivendi* implica la disolución práctica; y los jefes del movimiento dicen que si no se acepta la reforma, se producirá la dispersión efectiva. Está visto que al Protestantismo, aun más absurdo que el Mahometismo, le llega su hora de desaparecer de la faz del mundo, batido en brecha á la vez por el ariete católico y el del ateísmo crudo. Entre estos dos extremos no cabe término medio.

CRÓNICA

Ingllaterra.— Con el título de *Liga de los Mártires* funciona en Inglaterra una Asociación que tiene por objeto acudir en ayuda de los ex-ministros protestantes que por su conversión al Catolicismo han perdido todo medio de subsistencia para su familia, y hacer educar á los niños de estos convertidos en establecimientos católicos.

Esta Liga está fundada por el mismo plan que la Propagación de la Fe. El minimum de subscripción está fijado en diez céntimos semanales para Inglaterra, y en cinco céntimos para otros países. Está bajo la protección especial del Sagrado Corazón de Jesús. Tiene además como Patrones á la Inmaculada Concepción, á San Pedro, San José, Santo Tomás de Cantorbery, San Eduardo, San Edmundo y los Mártires de Inglaterra, beatificados hace poco tiempo.

Los miembros de esta Asociación gozan de especiales favores espirituales, consistentes en indulgencias aplicables por las almas del purgatorio en determinados días, y cien días de indulgencia por una invocación á los bienaventurados Mártires de Inglaterra.

Los celadores de la Asociación tienen además cuarenta días de indulgencia por cada acto encaminado á propagar la liga, y la Bendición papal *in artículo mortis*.

Moravia.—En este mismo mes de Abril del año 1885 empezó á celebrarse el jubileo Milenario, que duró hasta el siguiente Octubre, de los hermanos misioneros Santos Cirilo y Metodio, esclarecidos apóstoles de los eslavos. (*Véanse sus imágenes en la pág. 180*). Con motivo de este Milenario célebre los católicos de Moravia fueron en peregrinación á visitar el sepulcro de su padre y apóstol San Metodio, que ocupaba la silla arzobispal de Wellehrad cuando el 6 de Abril del año 885 abandonó la terrestre morada, teatro de su penosa y laboriosa vida, para recibir el galardón que el Señor le tenía preparado. Según venerable tradición, su sagrado cuerpo fué colocado en un sepulcro ante gran concurso de fieles que habían acudido á los funerales. Muchísimos fueron los que con copiosas lágrimas lloraban á tan buen pastor, á tan santo maestro y á tan buen padre.

Inauguráronse las fiestas de Wellehrad el sobredicho año 1885 con unos ejercicios de preparación durante la octava de la muerte de San Cirilo, del 4 al 12 de Febrero. La fiesta, propiamente hablando, empezó el 6 de Abril, hasta el 4 de Octubre, festividad

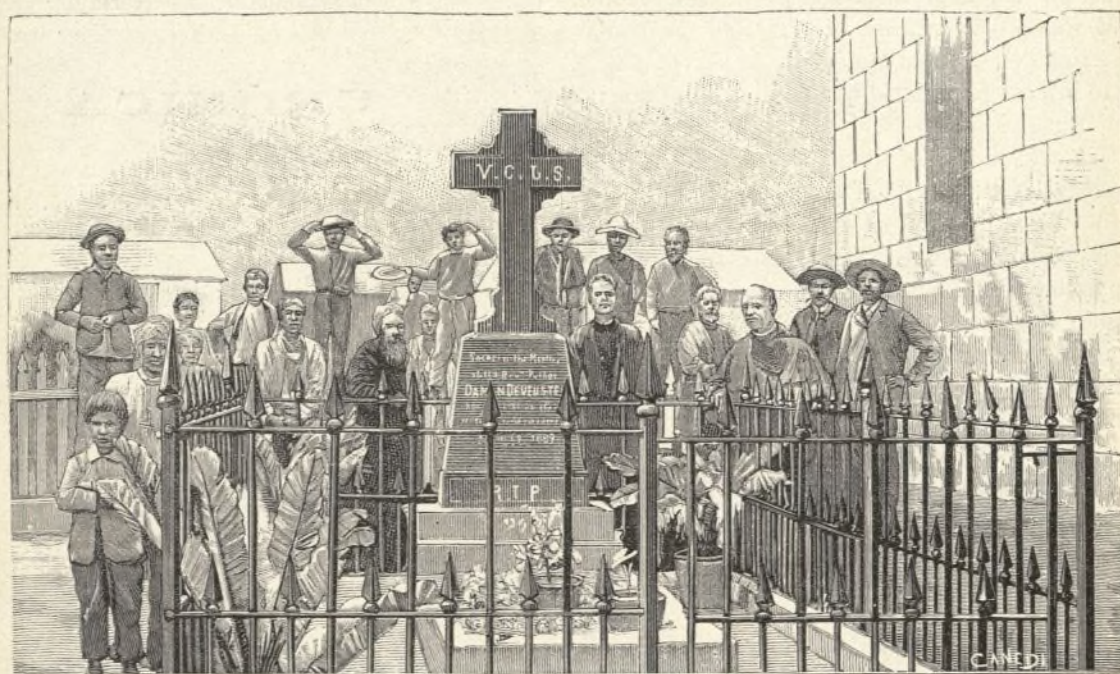
del Rosario, habiéndose celebrado en este tiempo la octava de la muerte de San Metodio del 6 al 13 de Abril, la de la fiesta de los Santos Cirilo y Metodio del 5 al 15 de Julio, y la de la fiesta patronal de Welehrad del 15 al 22 de Agosto.

Tung-king.—El P. Tomás Guirro, O. P., escribe desde Hai-duong el 11 de Agosto de 1893 al Padre Provincial:

«Mi muy respetado P. N.: He ido á la vicaría provincial para celebrar, según costumbre de casi todos los años, la fiesta de nuestro Padre Santo Domingo juntamente con todos los demás Padres y Hermanos misioneros de este vicariato, lo cual nos ha sido ocasión para consolarnos en las grandes peleas, y animarnos mutuamente en las grandes y muchas dificultades que hemos de vencer, ya que nuestro común enemigo, valiéndose de todos los medios posibles, se esfuerza para enredar y entorpecer cada día más en estas tierras el espinoso y pesado ministerio de las almas... Doy las gracias á V. R. por habernos enviado dos Padres misioneros, lo que no deja de ser una gran cosa, y mayor sería aún si V. R., antes del nuevo Capítulo, tuviera la generosa amabilidad de enviarnos otros dos más, pues la falta de misioneros es mucha, y además hasta que sean misioneros hechos y aptos para entrar en campaña, tienen que estar preparándose aquí al menos dos años.

apenas se puede tener atención para nada sino con mucho trabajo. Sólo cuando están comiendo, si se quiere y puede rezar, hay un poco de silencio para tener atención, las demás horas son una continua mortificación para el misionero; y no hay otro medio, si se quiere hacer fruto, que aguantar, sufrir y mortificarse. No son necesarios disciplinazos: basta no tener descanso sin poder casi dormir ya por el ruido de los rezos, perros, gallinas, etc., ya por las camas, que á veces son unas tablas cubiertas con un par de petates y á lo más una manta, ya por los mosquitos y otras muchas clases de bichos, ya por el mal olor que despiden las gallinas y cerdos que están por allí cerca: sería no acabar si quisiera decirlo todo. Pero, P. N., en medio de tanta incomodidad se experimenta gozo, consuelo, alegría y satisfacción inexplicables.

«Adultos bautizados en el presente año no tengo como los demás Padres misioneros, que cuentan, según me parece, á centenares; sólo tengo 34, y catecúmenos unos 100: aquí en esta capital lo que abunda son pleitos, que me traen de otros partidos, en especial de aquellos en que hay muchos paganos, que piden hacerse cristianos, como en esta provincia de Hai-duong: pleitos que los paganos, firmes en el Paganismo, inventan contra los cristianos recién convertidos y contra los catecúmenos; no



ISLAS SANDWICH.—Erección de una cruz en el sepulcro del P. Damián Deveuster. (Pág. 190).

«En la Cuaresma pude hacer la administración por los pueblos; me cansaron mucho, pero como era un cansancio sufrido con mucho gusto, digámoslo así, apenas lo advertía, porque me era antes bien un consuelo presenciar aquella puntualidad con que los cristianos asistían á los ejercicios del Santo Rosario, lecturas, meditación y sacrificio de la Misa, y en especial en recibir los Santos Sacramentos. Cada pueblo me costaba cinco, seis ó siete días, pero eran días se puede decir de cárcel y mortificación: debía de estar metido en una casuca oscura, húmeda, lúgubre, cuya compañía eran las ranas que se oían en los rincones, y los mosquitos que inadvertidamente me extraían la sangre. Aquellas moradas tienen un cuartucho de tal manera arreglado que sirve también de confesonario, y otro de recibimiento de visitas, en el cual se oyen todas las reclamaciones, se averiguan casos y se arregla todo cuanto se pueda arreglar por el misionero: este cuarto ó lugar está más público y claro; por lo mismo, cuando no hay quien muela al misionero con sus cosas, éste puede rezar, leer ó escribir. Mas como está tan cerca la iglesia donde se juntan todos para hacer los ejercicios espirituales en común y en particular, y casi todo lo rezan en alta voz, resulta que quiebran la cabeza y

porque sientan que éstos se hagan cristianos, ni porque dejen el Paganismo, sino porque ya no contribuirán más para hacer sus idolátricas comilonas. Entablan de tal manera la cuestión valiéndose de hechos y testigos falsos, que muchas veces mintiendo y engañando á las Autoridades francesas salen vencedores. El misionero, sin embargo, que descubre y ve la falsedad, reclama justicia para el inocente; y si no siempre, á lo menos en la mayor parte de los casos logra que el inocente no sea injustamente condenado.»

Méjico.—Su eminencia el Cardenal Ledochowski, prefecto de la Sagrada Congregación de la Propaganda, ha dirigido á monseñor D. Fernando Terrien, delegado de la Obra de la Propagación de la Fe en América, la siguiente carta:

«Roma, Enero 24 de 1894.—Reverendo señor: En la carta fechada el 1.º de Octubre del año próximo pasado, firmada por usted, reverendo señor, y por el Rdo. P. D. F. Devoucoux, me propusieron Vds. la duda de si la disposición pontificia relativa á la distribución de las limosnas colectadas ahí en favor de la Obra de la Propagación de la Fe, que por esta Sagrada Congregación se

dió á conocer con fecha 20 de Marzo del año pasado al Arzobispo de Méjico (1), se refería á las cantidades colectadas ahí personalmente por Vds. en su calidad de Delegados extraordinarios de la mencionada Obra pía.

«Suplicado el Santísimo Padre para que se dignase aclarar su mente en ese particular, en audiencia de 7 del corriente mes de Enero, Su Santidad tuvo á bien declarar: que su disposición de 20 de Marzo de 1893 debe entenderse en el sentido de que las limosnas colectadas hasta hoy personalmente por Vds., así como las que colectaren en lo sucesivo, mientras permanezcan Vds. ahí, deben ser aplicadas exclusivamente á la piadosa Obra de la Propagación de la Fe, con excepción únicamente de las que hubieren colectado ó en lo sucesivo colectaren con destino al Óbolo de San Pedro.

«Pero todo lo que los señores Obispos llegaren á colectar, una vez la piadosa Obra mencionada erigida en sus diócesis, será distribuido según la disposición significada por las letras de esta Sagrada Congregación del día 20 de Marzo del año anterior.

«Lo que en cumplimiento de mi cargo, pongo en conocimiento de V. y lo transcribo al Arzobispo de Méjico y al Presidente del Consejo de la Obra de la Propagación de la Fe (en Francia).

«Pido á Dios se digne conservar á V. en su santa guarda.

«De V., reverendo señor, su adictísimo servidor.—M. CARDENAL LEDOCHOWSKI, *Prefecto*.—AUG., ARZOB. LARISSEN., *Secretario*.

—Escriben de Chalchicomula:

«El 5 del actual Febrero ha sido colocada en la cúspide del volcán llamado el Citlaltepeltl, ó Pico de Orizaba, una cruz de hierro en sustitución de la que existía de madera en ese mismo lugar.

«Ese símbolo de la redención mide siete varas de altura, y fué construido en el bien montado taller de fundición y herrería que tiene establecido en esta ciudad el Sr. D. Alejandro Mesa, quien gratuitamente ministró las herramientas necesarias para abrir en la Peña dura que sirve de base á la cruz, el socavón en que fué colocada.

«Construyeron dicha cruz, formándola de piezas y pintándola con los colores nacionales, los inteligentes artesanos D. Vicente y D. José de Jesús Contreras, por iniciativa de una persona de aquí; la que en unión de dichos señores y de otros operarios, con grandes dificultades lograron hacer la ascensión á esa altísima cumbre y colocarla el mencionado día 5.

«Para formarse idea de la elevación á que se encuentra ese signo del Cristianismo, no vacilamos en asegurar que es el más prominente en altura que se haya colocado en el continente americano; puesto que la cruz que existe en un volcán de Guatemala llamado Miztis, y que se decía era la más alta, sólo se eleva á 19,000 pies sobre el nivel del mar; mientras que para esta montaña del Citlaltepeltl, las últimas observaciones científicas han dado los resultados siguientes, que anotamos con los nombres de sus autores y fecha de ellas:

«Muller (barómetro) en 1856 obtuvo 5,527 metros, equivalentes á 19,785 pies castellanos; J. F. Seowell (triangulación), en 1892, 5,682.66 metros ó 19,983 pies castellanos; y últimamente Carlos Sapper, en 1893 (aneroide), 5,564 metros ó 19,917 pies castellanos.

«En esta última ascensión fué medida con cordel una ceja que hay veinticinco ó treinta metros abajo de la cúspide, la que desde esta ciudad vese como una pequeña faja, y mide una extensión de 135 varas de largo por 55 de ancho. Es este lugar una planicie con descenso muy pronunciado, formando su suelo capas de arena muy caliente, que constantemente están despidiendo vapores de mayor ó menor intensidad. En este punto fué armada la cruz á que nos referimos (pues sólo en piezas pudo llevarse hasta aquel lugar) por los mencionados Sres. Contreras, y subida al cono del volcán por los operarios que acompañaban la expedición, compuesta de unas doce ó catorce personas.

«No está por demás advertir á los afectos á estas excursiones, que en esta última dió muy buen resultado, para disminuir la fa-

tiga de la ascensión, llevar continuamente en la boca un trocito de nieve, lo que impide las náuseas y minora los desvanecimientos que producen la altura, la rareza del aire y la blancura de la nieve.»

Patagonia.—El Rdo P. Mateo Gavotto, establecido en Chosmalal, ha enviado una breve relación de los resultados obtenidos durante sesenta días de Misión en diversos puntos al Sur de la Cordillera de los Andes.

Sin tener un guía ni un compañero para su apostólica tarea partió solo el 21 de Septiembre, día de su Patrón San Mateo.

Mas el Señor, pasados veinte días de Misión, fué servido de enviarle un auxiliar, el joven chileno Manuel Jesús Espinosa, de edad de veintidós años, que movido de compasión al considerar los trabajos del misionero, se resolvió por lo pronto á prestarle ayuda y á acompañarle á donde quiera que fuese, y luego más tarde, alentado por la divina gracia, determinó permanecer para siempre con los Padres misioneros.

Los puntos más importantes donde se detuvo el P. Gavotto fueron Taquimilán, Colipille, Agrio, Campana Mauvida, Haurichénque, Codihue, Salquicol, Laquita, Carreras, Norquín, Llamada y Trucumán.

Administró 117 bautismos, 400 comuniones y 12 matrimonios.

Islas Sandwich.—Según lo prueba muy bien el *American Catholic Quarterly Review*, los misioneros protestantes no pueden gloriarse de haber obrado maravillas en Hawaii. Aquellas islas son tan poco cristianas ahora como lo eran setenta y cinco años ha, cuando los señores ministros fueron á evangelizarlas. ¡Y eso que los reverendos señores no han dado pruebas de poco celo ni de escasa actividad! Mas han desplegado ese celo y actividad no en servir, sino en ser servidos; no en convertir, sino en dominar; no en apacentar, sino en ser apacentados. Los gobernantes nativos han sido gobernantes sólo de nombre: los gobernantes de hecho lo han sido por tres generaciones los ministros protestantes.

Su influjo fué tan grande desde el principio de su evangelización, que por muchos años los misioneros católicos no pudieron ni siquiera pisar el suelo de aquellas islas. Dos sacerdotes, un francés y un irlandés, que aportaron allí en 1826, fueron encarcelados y luego echados del reino á instancias del Rdo. Mr. Bingham, ministro protestante y primer ministro de la vieja reina pagana. Los que habían sido convertidos por dichos sacerdotes, fueron objeto de la más cruel persecución de parte de ese autócrata evangélico. Gimieron por bastante tiempo en hediondas mazmorras, hasta que fueron puestos en libertad gracias á las enérgicas protestas de algunos residentes ingleses y del comandante de un buque de guerra de la marina francesa.

Se estableció, sí, una gran leprosería en Molokai; mas ¿quiénes han cuidado de los leprosos? ¿Los ministros protestantes ó los sacerdotes católicos? La contestación la saben de sobra todos.

Noticias varias.—Los católicos romanos que en 1876 no eran en Macedonia más de 2 á 3,000, llegan hoy á 80,000, gracias al celo y á la energía de Mons. Miladenoff. Los sacrificios que la conversión les exigió á los cismáticos, prueban su sinceridad. El valor apostólico del señor Obispo le ha merecido el *firmán* imperial, que le concede una autoridad grandísima en su diócesis, autoridad no sólo en el fuero eclesiástico, sino también en el civil. Así el pasaporte, el acta de venta, etc., no tienen valor si no llevan el sello del Obispo católico; todas sus sentencias sobre matrimonios y otras han de ser ejecutadas sin más averiguación por las Autoridades civiles; ha de dar el diploma á los maestros de escuela.

—A consecuencia de la creciente emigración de italianos á los Estados Unidos, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide ha decidido enviar un representante encargado de velar por los intereses espirituales de los emigrantes, siendo el elegido el Rdo. P. Venancio, de los Oblatos de San Carlos.

(1) La disposición pontificia se refería exclusivamente á la provincia eclesiástica de Méjico, que la había solicitado de la Santa Sede.

VARIEDADES

DIGNO MONUMENTO

EL *Daily Bulletin* de Honolulu da pormenores de una interesante ceremonia religiosa que ha tenido lugar en la isla de Molokai, el país de los leproso-
sos. Se ha erigido allí un monumento en memoria del P. Damián Devenster. (*V. su retrato en la pág. 169*).

El lunes 4 de Septiembre, el señor Obispo de Panópolis; el Obispo anglicano de Honolulu; los Sres. Edmundo Stilles, subsecretario del *Foreign Office* de las islas Sandwich; King, ministro del Interior; Smith, procurador general; el Rdo. P. Conrad; las monjas franciscanas, y un gran número de leproso-
sos, se colocaron en derredor de la cruz de granito, cubierta con un velo, y que ha sido erigida por subscripción, merced á los desvelos principalmente del *Leprosy Fund* de Gran Bretaña. M. Stilles pronunció un elocuente discurso.

«Yo desearía, dijo, traeros al mismo tiempo que esta cruz, algunas palabras de exhortación y de júbilo, un mensaje que os infundiese la esperanza. Esta cruz os la ofrece una Sociedad compuesta de los hombres más distinguidos de una nación poderosa y civilizada, que se proponen contribuir por todos los medios posibles al alivio de los desgraciados atacados por la lepra, y proporcionarles los auxilios que puedan darles la ciencia y el dinero. Este monumento es un testimonio de la simpatía y conmiseración que vuestros padecimientos inspiran al mundo.»

El orador refirió en seguida brevemente la vida del P. Damián y tributó un hermoso homenaje á ese héroe de la caridad y de la fe.

«Su nombre, dijo el orador, pasará á la posteridad; será colmado de honores y bendiciones en todo país y en todo idioma. Humilde ministro de la Iglesia católica, noble mártir cristiano, aquel Religioso consagró todos sus esfuerzos y sacrificó por fin su vida á la gran misión de socorrer las miserias físicas y morales de los enfermos obligados forzosamente á vivir en este valle.

«¡Cuán justamente aplicables á este lugar son las palabras que sus admiradores de Inglaterra han inscrito en este pedestal: «Ningún hombre tiene tan gran amor como el que da su vida por sus amigos.» Aunque el mundo enaltece el nombre del P. Damián conservado por el bronce y el mármol, sin embargo la memoria del santo Religioso vivirá todavía mucho más tiempo en el corazón de la humanidad, por la cual se ha sacrificado.»

Esta alocución, que el orador repitió en idioma hawiano para que fuese conocida por los leproso-
sos, hizo verter muchas lágrimas. El velo que cubría la estatua cayó en seguida, y el señor Obispo de Panópolis, después de haber suplicado á M. Stilles que transmitiese sus palabras de agradecimiento al príncipe de Gales, presidente del *Leprosy Fund* y al Gobierno hawiano, procedió á la bendición del monumento.

En lo sucesivo los leproso-
sos de Kalaupapa, mirando esa cruz que domina su aldea, unirán en un piadoso recuerdo de gratitud el nombre del sacerdote que vendó sus llagas, con el de Cristo. Jesús, cuando encontraba

en los caminos de Judea á los leproso-
sos que huían, movido de compasión les decía: «Sanad, y presentaos al sacerdote,» y al P. Damián, su valiente discípulo, le dijo: «¡Sacerdote, dirígete á ellos!»

El P. Damián era belga de nación, y pertenecía á la Congregación de los Sagrados Corazones, llamada de Picpus. En 1863 fué destinado á las islas Sandwich, y en Mayo de 1873 se dedicó voluntariamente á servir á los leproso-
sos que vivían relegados en Molokai. Endulzó cuanto pudo el triste estado de aquellos infelices, con quienes hizo verdaderos oficios de carísimos padre, con asombro y admiración de los mismos protestantes. Construyó iglesias, hospitales y viviendas: vestía, alimentaba y enseñaba á los niños, cuidaba á todos y alentaba á los moribundos. A los diez años de abnegación tan heroica, fué contagiado por la lepra, que en cuatro años le desfiguró el rostro, manos y varias partes del cuerpo, muriendo por fin víctima de su ardiente caridad, y fué á recibir la recompensa en la mansión de los bienaventurados.

EL TRIUNFO DE LA FE

Dos jóvenes oficiales de marina, Jorge y Enrique, amigos inseparables desde la infancia, formaban parte de la tripulación del vapor de guerra *Méndez-Núñez*. Aplicados á sus deberes, activos, enérgicos é inteligentes, eran apreciados por sus jefes, amados por todos y podían esperar un hermoso porvenir.

En el *Méndez-Núñez* navegaba al mismo tiempo un oficial llamado Carlos. Este era sombrío, poco comunicativo y receloso. Descontento de que estos dos camaradas le fuesen preferidos, profesábales una envidia cruel que no podía ser atenuada por sus afables atenciones.

A consecuencia de una penosa campaña, Jorge recibió la cruz merecida por su arrojo, al que todas hacían justicia. Esta condecoración aumentó la irritación de Carlos, y su odio celoso buscaba ansiosamente una ocasión de perder la reputación de aquel á quien detestaba; algunas circunstancias, desfiguradas con pérdida habilidad, le suministraron medios para hacer circular los rumores más calumniosos acerca de Jorge.

El joven marino salió victorioso de estos ataques infames, pero tal atentado al honor de un oficial exigía, según los absurdos convencionalismos sociales, una reparación por las armas. El no reclamarla era una cobardía á los ojos de sus camaradas. Sin embargo, la rehusó. Cristiano tan enérgico como valiente marino, prefirió presentar su dimisión. Algún tiempo después entró en el Seminario de las Misiones extranjeras, y cuando hubo terminado sus estudios teológicos, sus Superiores lo destinaron á llevar la fe cristiana á las tribus salvajes de la Oceanía.

Algunos años después de estos sucesos, durante una violenta tempestad que causó grandes desastres en los mares del Océano Pacífico, un barco español, después de haber sido zarandeado entre los innumerables arrecifes de la Polinesia, fué arrojado por el viento contra una roca sobre la cual se entreabrió. El agua penetró con tal violencia, que desapareció al momento, arras-
trando al abismo todo lo que contenía.

Dos hombres solamente sobrevivieron á esta horrible catástrofe. Eran los dos oficiales que mandaban las maniobras sobre el puente. Como estaban arrimados al gran mástil, se encontraron enlazados por la jarcia que quedó suspendida en él, y fueron arrojados con este mástil á la orilla.

Numerosos indígenas corrieron á fin de recoger los despojos del barco naufrago. A la vista de los dos marinos, los salvajes lanzaron gritos de bárbara alegría, y, precipitándose sobre ellos, apresuráronse con una crueldad feroz á maniatarlos, tan estrechamente, que les era imposible hacer movimiento alguno. Al ver el furor con que estos salvajes se habían lanzado sobre ellos, los infortunados oficiales esperaban de un momento á otro ser hechos pedazos; pero los salvajes estaban demasiado preocupados en recoger los restos del barco naufragado, para poder satisfacer á su placer la sed que sentían de verter la sangre de sus víctimas en medio de terribles torturas. Los dos naufragos debían sufrir un largo suplicio. Entre tanto quedaron extendidos sobre la playa, custodiados por mujeres y niños. Por lo demás, extenuados de fatigas, golpeados por el choque de las olas, á punto de perecer de frío y hambre, los infortunados cautivos no hubieran sido capaces de romper sus ligaduras y huir.

La noche no fué menos horrible para los dos naufragos que este día fatal. A sus sufrimientos se unía la expectación cierta de las diversas torturas que les estaban destinadas, y su imaginación retrocedía de espanto ante la consideración de los más atroces tormentos.

A los primeros albores del día, la mar estaba en calma, no arrojaba ya despojo alguno. Los salvajes volvieron al lado de sus cautivos. Todos deseaban su muerte. Sólo discrepaban en el género de suplicios que se les destinaba. Discutían con grandes gritos, y cada uno se esforzaba en hacer prevalecer su criterio, cuando llegó un misionero católico que residía en una tribu vecina. Venía á informarse de la catástrofe del barco europeo y á ofrecer su socorro á los marinos que hubieran podido escapar á la tempestad. Aunque no había podido todavía ganar para Dios á esta horda, era conocido y estimado por ellos.

—Vengo, dijo al jefe, á saber si algunos de los hombres que formaban parte de la tripulación que ha perecido frente á esta costa, han podido escapar al naufragio.

—Hay dos, replicó el jefe; están allí, dispuestos á ser inmolados por mis guerreros.

—¿Y por qué? respondió el misionero. ¿Qué crimen han cometido? Dios, que les ha salvado de la tempestad, no les ha hecho arribar á tus dominios para que tu pueblo se divierta en torturarlos.

—Padre, los blancos son nuestros más crueles enemigos, nos persiguen como á bestias salvajes donde quiera que desembarcan. Si los dioses nos han entregado éstos, es para que los castigemos como merecen.

Mientras que el jefe hablaba, el misionero se había aproximado á los cautivos... fijase en uno de ellos, y, lanzando un grito, precipitase hacia él y lo estrecha contra su pecho. Estos dos hombres escapados al naufragio son los dos antiguos oficiales del *Méndez-Núñez*.

Enrique, su mejor amigo, y Carlos, que le ha perseguido con su odio y calumniado indignamente.

—Jefe, exclama el misionero arrojándose á sus pies, tú sabes que he arrancado á la muerte á tu hija prisionera de tus enemigos, y no has olvidado la alegría que experimentaste á su regreso. En cambio de la vida de tu hija que te he conservado, dame la vida de estos dos blancos. Yo los conozco, y amo á uno de ellos como á un hermano.

Enrique, desde que reconoció á Jorge, no dudaba de que su amigo pusiese en práctica todos los recursos de su corazón para salvarlos; sin embargo decía:

—Querido amigo, no sé si conseguirás que conservemos la vida, pero si debo morir, tu presencia me sostendrá, me absolverás de mis faltas y me comunicarás el valor de arrostrar el momento en que mi alma comparezca ante Dios.

Carlos, por el contrario, á la vista de aquel en quién tanto se había ensañado su odio, sobrecogido de un nuevo espanto, había cerrado los ojos, como si hubiese aparecido el juez encargado de juzgar sus calumnias.

—Padre, respondió el jefe, no has evocado inútilmente el recuerdo del servicio hecho á mi hija. Mi corazón te estará eternamente agradecido, pero no me es posible concederte estos dos hombres. Estás escuchando los gritos violentos de todo este pueblo, que espera su suplicio. Cuanto más insistes, tanto más sufro yo por la impotencia en que me encuentro de contradecir á mis guerreros. Voy á reunir á los ancianos. Ellos decidirán.

—Puedes satisfacer á tu pueblo y á la túnica negra, dijeron: da uno de estos blancos al Padre que te ha devuelto tu hija; así quedará pagada la deuda. No puede exigir más que lo que ha dado, y haremos expiar á su compañero los males que nos causan los blancos, cuya venida á estos lugares ha sido tan fatal á nuestras tribus.

El pueblo recibió con júbilo esta decisión.

—Ya has oído la sentencia dictada por las ancianas, dijo el jefe al misionero. Los dioses han devuelto mi hija, yo te concedo uno de estos blancos. Elige el que quieras...

Y el jefe avanza hacia los cautivos haciendo al misionero signo de escoger.

—¡No salvar más que á uno! exclama el misionero, ¡es imposible, necesito los dos! ¡Ah, Dios mío, tocad los corazones de estas pobres gentes!

Y pretende todavía conmover al jefe y á los ancianos con las más ardientes súplicas.

Los cautivos, á quienes los gestos animados del jefe y de los ancianos dejaban fácilmente adivinar la proposición hecha al misionero, se estremecían de terror. Principalmente aquel que había desbaratado la carrera de Jorge, perdiendo una vez más toda esperanza de escapar á la muerte sentía redoblar su espanto.

—Date prisa, repite el jefe. Aprovecha el ofrecimiento que te hago; porque no puedo contener por más tiempo la impaciencia de este pueblo. Si no puedes decidirme, estos cautivos van á ser muertos los dos.

La turbación del misionero es cada vez mayor. Si sólo puede salvar á uno, ¿sobre quién va á recaer su elección? La vida de su amigo le es más cara que la suya; pero si le libra, ¿no obedecerá en su elección á un resentimiento personal que condenará á su enemigo

á morir? El perdón de las injurias ¿no debe sólo anteponerse á la afección más viva? ¿Qué hacer?... el tiempo urge, la multitud se agita: «¡Que se nos entreguen los dos, puesto que no puede decidirse!» gritan los salvajes, animados cada vez más contra sus desgraciadas víctimas.

Ya los desatan para arrastrarlos al suplicio.

—¡Detenéos! exclama el misionero. ¡Este era mi mejor amigo! ¡Este era mi mayor enemigo!

Y desatinado, fuera de sí, detiene á los salvajes que arrastran á este último.

—Pues bien, quede en libertad aquel á quien designa y á quien él lleva consigo, dijo el jefe. Tomad el otro, y hacédle sufrir los tormentos que gustéis.

—¡No, no! replica el misionero. Gracia para los dos, y si necesitáis una víctima, tomadme en su lugar, dispuesto estoy á soportar todos los tormentos.

La multitud asombrada sigue con estupor los diversos incidentes de esta escena, pero este asombro redobla cuando el cautivo libertado, conmovido por la grandeza de alma de aquél á quien aborreciera en otro tiempo, se esfuerza en hacer comprender que él es quien debe morir y que se deje en libertad á su compañero. Esta incomprensible generosidad admira más y más á los salvajes, que permanecen silenciosos é inmóviles en espera de lo que va el jefe á hacer.

—No os comprendo, dice éste. Libras á aquel que dices ser tu enemigo, y mandas á tu amigo al suplicio; luego pides morir por él, y he aquí que tu enemigo prefiere la muerte á la libertad.

—¡Ah! responde el pobre misionero más muerto que vivo, si he designado, para que fuese libertado, al que fué mi enemigo, es porque el Dios que quisiera hacerte conocer, ordena perdonar á los enemigos, y porque, para ejercer este perdón para con el mío, he debido principiar por salvarle.

Un grito de admiración se escapó de todos los pechos; y, pasando súbitamente del odio á la ternura simpática, exclama la multitud:

—¡Que el jefe haga gracia á los dos! ¡Nosotros los perdonamos!

—Lo que has hecho es admirable, dijo entonces el jefe al misionero; tu conducta está inspirada por la Divinidad que gobierna el mundo. Tuyos son los dos blancos, haznos conocer tu Religión, instruyéndonos como has instruido á nuestros hermanos de la isla de los Pinos. Sus enseñanzas nos podrán en estado de practicar las virtudes de las que tú das tan hermosos ejemplos.

E. U.

LOS BOSQUES DEL JAPÓN.

Célebres por su belleza son los bosques del Japón: en especial la isla de Yezo está enteramente cubierta de bosques vírgenes, que nadie ha explotado todavía. Nuestro grabado de la pág. 173 representa uno de los oquedales, cuyos sombríos tonos prestan particular encanto á los alrededores de Tokio.

El camino que une la capital del Japón con Kioto cruza primero los pueblos del distrito de la capital, luego abandona los arrozales y penetra en los bosques, como se ve en dicho grabado. La riqueza forestal del Ja-

pón es considerable; pero completamente abandonada hasta estos últimos años. La grande dificultad para explotarlos proviene de la ausencia de los caminos necesarios para el acarreo, debiendo utilizarse para ello la corriente de los ríos.

«Inmensas comarcas, dice el Sr. Jorge Bousquet en su notable obra *Le Japon de nos jours*, están cubiertas de bosque. La operación, singular por cierto, de contar los árboles y medir su grueso dura tres días. El primer día se rodea el tronco de cada árbol con un bramante; el segundo, el inspector examina si todos los árboles están provistos de su collar, y el tercero se desatan todos los bramantes, y una vez reunidos los cuentan y agrupan según su talla. Queda hecho el inventario.»

NECROLOGÍA

RDO. P. MIGUEL CASAS, MISIONERO H. DEL C. DE M.

Este respetable Padre falleció víctima de su celo en Cabo San Juan el 4 de Noviembre último, después de siete años de incesantes trabajos en las penosas Misiones de Fernando Poo, y con la tranquilidad propia del misionero que, habiéndose ofrecido á Dios en holocausto y ocupado en una obra tan del agrado divino cual es la conversión de los infieles, ve ya en lontananza el premio reservado por el justo Juez á los continuadores de su santo ministerio.

RDO. P. FR. LUCAS DE JESÚS MARTORELL, MISIONERO FRANCISCANO.

Desde Guanabacoa (Habana) escribe el Rdo. P. Fr. J. Elías de Amézarri el 30 de Diciembre de 1893:

«Acaba de espirar á las doce del día de hoy nuestro erudito y muy ejemplar hermano Rdo. P. Fr. Lucas de Jesús Martorell, á la edad de sesenta años, de una «embolia cerebral» que de súbito le acometió el día 23, hallándonos todos reunidos, y le arrebató la vida tras una semana de lenta agonía sufrida con gran resignación. Ha muerto como vivió, y su vida fué la de un santo misionero: consagrado en sus mejores años á la conquista espiritual de los indios salvajes de las márgenes del gran río Amazonas, consumió su juventud en tan meritoria obra evangélica. Poseedor de los dialectos de la lengua peruana *quiesma*, la enseñó á los jóvenes coristas del santo convento franciscano de Ocopa, situado en la cumbre misma de la gran cordillera Andina, y el único que sobrevivió á los efectos de la independencia americana. Al rehacerse los Colegios misioneros españoles en el Perú, fué electo guardián de aquel convento, verdadero relicario. Desempeñó el cargo de visitador delegado de los Colegios del Cuzco y Arequipa á satisfacción de Prelados y súbditos. Trasladado á España, fué de los primeros fundadores de Morón y de la Aguilera, de donde vino destinado á esta Misión hace poco más de dos años, siendo la sombra benéfica de ella, por sus vastos conocimientos, buen espíritu y apacible carácter.»

—El 24 de Diciembre de 1893 falleció en el convento franciscano de San Salvador de Jerusalén el ejemplarísimo Religioso lego Fr. José Lorenzo, hijo del Colegio de Santiago de Compostela, en donde había tomado el hábito el 4 de Febrero de 1868 cuando contaba treinta y nueve años de edad. Tuvo una muerte muy edificante como lo había sido su vida, empleada toda en la práctica de las virtudes religiosas, sin decaer ni un punto del fervor adquirido en el noviciado.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Un propagandista, de Gerona. 1,785 ptas.
P. E. 5 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona